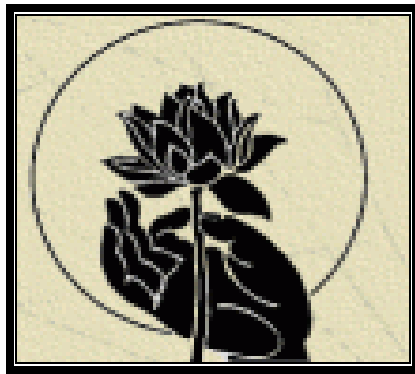


EL BUDDHA Y SUS DISCÍPULOS

VEN. S DHAMMIKA



WEB SITE: WWW.BUDDHANET.NET
BUDDHA DHARMA EDUCATION ASSOCIATION INC.

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL: UPASAKA KUMGANG,
MAESTRO DE DHARMA (GONZALO BARREIROS).
BUENOS AIRES, ARGENTINA, AÑO 2005





El Buddha y Sus Discípulos

Tomando una perspectiva diferente de las biografías usuales del Buddha, el autor vuelve a narrar la historia del gran hombre usando a la sociedad de su tiempo como telón de fondo, y a las interacciones del Buddha con sus contemporáneos como el tema central. Descubrimos cómo era el Buddha como persona, cómo enseñaba y cómo cambió las vidas de todos los que fueron lo suficientemente afortunados como para entrar en contacto con él.

El **Venerable Sravasti Dhammika** nació en Australia en 1951. Fue ordenado monje Budhista en India y luego vivió en Sri Lanka, donde se hizo muy conocido por sus esfuerzos en la promoción del Budhismo. En 1985, se mudó a Singapur, donde fue asesor espiritual de la Buddha Dhamma Mandala Society y de otros varios grupos Budhistas. El Venerable Dhammika enseñó en el Departamento de Desarrollo Curricular del Instituto de Educación y también realizó varias películas de televisión para el Instituto. Escritor prolífico, sus otros libros incluyen *Encuentros con el Budhismo*, *Cómo protegerte de las sectas*, *Todo sobre el Budhismo*, y *Tierra Media, Camino Medio*.

El **BDMS - Buddha Dhamma Mandala Society** - está dedicado a difundir las enseñanzas del Budhismo y a alentar a sus miembros a poner en práctica estas enseñanzas en sus vidas.

La Sociedad imprime libros y organiza charlas públicas, sesiones de meditación, y otras actividades de Dharma frecuentemente.

Para mayor información, visitar 567A, Balestier Road, Singapur, 1232, o llamar al 352- 2859.

Buddha Dhamma Mandala Society
Towner P.O. Box 1442
Singapur 9132









Tabla de Contenido

El Buddha y Sus Discípulos	3
Introducción	9
La Tierra de la Manzana Rosa	11
Los Sakyas	15
¿Cómo era el Buddha?	21
El Maestro de Dioses y Hombres.....	27
La Orden de Monjes y Monjas.....	33
Los dos discípulos principales	39
Ananda, el hombre que le gustaba a todo el mundo	45
El asesino que se convirtió en santo	49
Anathapindika, el alimentador de los pobres	53
Crisis en Kosambi	57
El hijo del Iluminado	61
Famosos discípulos laicos	65
Ajatasattu y Devadatta.....	73
Para una lectura posterior.....	78

**Traducción al español y notas al pie: Upasaka Kumgang,
Maestro de Dharma. Buenos Aires, Argentina, 2004/2005.**





Introducción

La vida del Buddha es más que un relato de la búsqueda de un hombre hacia la verdad y su realización; es también la narración sobre las personas que se encontraron con ese hombre durante su carrera de cuarenta y cinco años, y cómo ese encuentro los transformó. Si la búsqueda del Buddha y sus encuentros con otros se pone contra el telón de fondo del mundo en el cual esos eventos tuvieron lugar, un mundo con costumbres únicas, sus intrigas políticas y su fermento religioso, se vuelve una de las historias más fascinantes jamás contadas. Uno conocerá a reyes orgullosos y a descastados humildes, junto a monjes de hábitos azafrán (algunos santamente, muchos otros demasiado humanos), y a patrones generosos y rivales celosos. Algunos de los acontecimientos de la vida del Buddha son descritos por los eruditos como “legendarios”, pero si los vemos objetivamente, pocos de ellos podrían considerarse inverosímiles. Uno podría estar tentado de desechar la práctica de Angulimala de cortar un dedo de cada una de sus víctimas por considerarla increíble, pero la historia criminal de la humanidad nos provee de una amplia evidencia de comportamiento mucho más extraño y cruel que ese. El rápido levantamiento de la destitución de la realeza de Samavati es ciertamente inusual, pero está bien dentro del reino de lo posible. El complot de **Devadatta** podría ser ligeramente exagerado, y seguramente como fue registrado en el Vinaya está en la secuencia incorrecta, pero es sólo la clase de cosa que podríamos esperar de una persona muy talentosa y al mismo tiempo extremadamente celosa y ambiciosa. Y moviéndose como una brisa fresca a través de todo este drama, está el Buddha, paciente, sonriente, e inconfundiblemente real.

La información más antigua y auténtica que tenemos sobre la vida del Buddha se encuentra en el **Tipitaka Pali**, no en orden cronológico, sino esparcida aquí y allá, como pepitas de oro en el lecho de un río arenoso. Menos confiable pero no obstante de ayuda a veces, es la información en los comentarios Pali, especialmente el Dhammapada Atthakra y el Jataka Nidanakatha. Después de eso, tenemos los sutras Mahayana en los cuales el **Buddha** histórico comienza a retroceder desde una vista detrás de un velo de leyendas y romance, volviéndose menos y menos accesible a medida que lo hace.

Nosotros somos humanos, imperfectamente humanos, y si vamos a trascender este estado necesitaremos un guía y un ideal que sea al mismo tiempo humano y perfecto. El **Buddha** es ese guía e ideal, y en el Tipitaka Pali está retratado como tal. Así, la historia del Buddha y sus discípulos, como se cuenta en las fuentes Pali, no es sólo auténtica y fascinante, es también una historia que tiene un



significado espiritual. Han sido publicadas docenas de libros sobre la vida del **Buddha**, dos de los mejores apenas recientemente. Son, *El Buddha Histórico*, de H.W. Schumann, y *El Buddha*, de Michael Carrithers. Ambos libros evitan admirablemente los extremos de incluir demasiado de lo que es obviamente mitológico por un lado, y de tomar el enfoque académico *seco-como-polvo* por el otro, que siendo concebido sin fe, es incapaz de inspirar fe en el lector.

Desafortunadamente, ninguno de estos libros está disponible ampliamente en las librerías. La única biografía del **Buddha** escrita localmente que también evita esos extremos es *La Vida de Gotama el Buddha*, del Venerable B. Dhammaratana y Senarath Vijayasundara. Sin embargo, como este librito bien escrito está agotado, un relato nuevo y más completo sobre la vida del Buddha está justificado.

El Buddha y sus discípulos es el segundo de lo que eventualmente será una serie de tres libros de texto que se utilizarán en el Curso de Introducción al Dhamma de la Buddha Dhamma Mandala Society. El Curso ha demostrado ser popular entre los habitantes de Singapur y este libro, espero, agregará su valor. Quisiera agradecer a Doris Teo y Donna Pang por toda la ayuda que brindaron en la preparación de este libro. Las ilustraciones diseñadas por Eric Yeo le han dado vida al texto así como lo hicieron sus diseños para el primer volumen de la serie. Debo agradecer también a todas las personas que han ayudado de muchas formas.



La Tierra de la Manzana Rosa

1. Aunque el Dhamma es una proyección directa de la propia comprensión del Buddha, la forma en que fue proclamado al mundo fue, por supuesto, muy influida por la cultura en la que el Buddha vivió. Por lo tanto, alguna comprensión de esta cultura ayudará a tener una mejor comprensión del Dhamma.

2. India es un subcontinente enorme en forma de cuña, con el Mar Árabe a su Oeste, el Mar de Andaman a su Este, y los picos nevados de los Himalayas a su Norte. En tiempos antiguos era conocido como '**La Tierra de la Manzana Rosa**' (**Jambudipa**). El Buddha nació y vivió toda su vida en la India nor-central, en el área conocida entonces como la Tierra Media (**Majjhima Desa**), llamada así porque la gente que vivía allí creía que era el centro de la tierra. La totalidad del área consiste en una planicie vasta, llana y fértil a través de la cual fluyen dos grandes ríos, el Ganges y el Yamuna, y muchos ríos pequeños. Hay tres estaciones – verano, cuando la temperatura puede alcanzar hasta los 40 °; la estación lluviosa, cuando los ríos se inundan y viajar se hace difícil; y el invierno, cuando los días pueden ser placenteros pero las noches pueden ser congelantes. En la época del **Buddha**, grandes áreas del norte de la India estaban cubiertas por junglas y las personas que vivían en las varias aldeas que bordeaban las junglas frecuentemente encontraban leones, elefantes, ciervos, rinocerontes y otros animales salvajes. La población de esta parte norte de India era mucho más pequeña que hoy; había grandes extensiones de tierras cultivables para la agricultura y la mayoría de las personas tenía comida más que suficiente. Incluso los granjeros más pobres podían suplementar su dieta o sus ingresos cazando animales salvajes y recolectando los abundantes frutos que proveían los bosques.

3. La India que el Buddha conoció no era una sola unidad política sino más bien una colección de países independientes, frecuentemente luchando entre sí por la supremacía. El más grande y poderosos de esos países era el reino de Magadha¹, que durante la mayor parte de la vida del **Buddha** estuvo regido por el Rey Bimbisara, un gobernante fuerte y eficaz que tuvo un gran interés en la religión. La capital de Maghada era Rajagaha (la Residencia del Rey) que estaba anidada entre colinas escabrosas, y estaba protegida por masivos muros de piedra, los restos de los cuales pueden verse aun en la actualidad. Poco tiempo después de la entrada del **Buddha** en su Nirvana final, Maghada trasladó su capital de Rajagaha a Pataligama, que se llamaría más tarde Pataliputta y hoy se llama Patna, y en

¹ Hoy en día Magadha es la provincia o estado de Bihar.



ciento cincuenta años había conquistado casi toda la India. Directamente al norte de Magadha y separada de ella por el río Ganges estaba la Confederación Vajjian. La Confederación Vajjian estaba compuesta de varias tribus, dos de las cuales se llamaban los Licchavis y los Videhas, que se habían unido para protegerse de su poderoso vecino de sur. Los Licchavis eran la tribu más importante de la Confederación y su ciudad principal Vesali, era la capital de facto de la Confederación.

A lo largo de la frontera occidental de la Confederación Vajjian estaba Malla, una pequeña república tribal dividida en dos partes, una con su capital en Kusinagara y la otra con su capital en Pava.

Al norte de Malla estaban las dos repúblicas semi independientes de los **Sakyas** y los Koliyas, con sus capitales en Kapilavatthu y Devadaha respectivamente. Estos y los otros estados tribales no estaban regidos por reyes sino por consejos compuestos por los ciudadanos líderes, no diferentes de aquellos que regían las antiguas ciudades-estado griegas. Los consejos se reunían regularmente y todos eran libres de expresar sus opiniones.

Al noroeste de Magadha estaba Kosala, el segundo país más grande y poderoso de la época. Durante la mayor parte de la vida del Buddha, Kosala estuvo gobernado por el rey Pasenadi desde su capital en Savatthi. Kosala ejercía una gran cantidad de influencia sobre los Sakyas. Al sudeste de Kosala estaba Varnsa, con su capital en Kosambi, sobre el río Yamuna. Durante bastante tiempo de la vida del Buddha, Varnsa estuvo regida por el rey Udena.

4. El siglo V antes de Cristo fue un periodo de transición. Antiguas repúblicas tribales estaban disolviéndose bajo el impacto de los reinados predadores y autocráticos como Kosala y Magadha. Las ciudades se estaban volviendo más grandes y más sofisticadas, y la gente estaba dejando sus aldeas y granjas para congregarse en ciudades como Kosambi, Savatthi, Rajagaha y otros centros urbanos.

5. La sociedad india estaba ásperamente dividida por el sistema de castas (*catuvana*)². La casta en la cual nacía una persona determinaba qué trabajo tendría, su estatus en la sociedad, con quién se casaría, dónde viviría y con quién se relacionaría, de hecho casi todos los aspectos de su vida. La casta más alta era la de los brahmanes, que eran los sacerdotes hereditarios del Brahmanismo, los educadores y eruditos. Debajo de ellos estaban los **Khattiyas**, la casta de los guerreros, que eran gobernantes, soldados y administradores. La casta siguiente eran los **Vessa**, los comerciantes,

² En la actualidad, 2500 años después de la época del Buddha, aun existe este sistema en India.



mercaderes y artesanos. En el fondo del sistema de castas estaban los **Sudras**, que trabajaban como granjeros, labradores, y sirvientes. Fuera del sistema de castas estaban los **Candalas**, los descastados, que eran considerados inaceptables en la sociedad civilizada y el contacto con ellos se consideraba contaminante. Ellos vivían en las afueras de las ciudades y las aldeas, y eran obligados a realizar tareas como la recolección de basura, mover cadáveres, limpiar las calles. El sistema de castas le daba a la sociedad una enorme estabilidad, pero hacía casi imposible la movilidad social y el cambio, y también generaba una enorme crueldad hacia las castas más bajas y los descastados.

Originalmente el sistema de castas era sólo una institución pero más tarde fue integrado al Brahmanismo y se le dio sanción religiosa, y la mayoría de la literatura Brahmánica e Hindú acepta al sistema de castas como algo que fue ordenado por Dios.

6. La escritura era conocida en la época del Buddha pero no era ampliamente usada. La razón es que India había perfeccionado modos de aprender la literatura de memoria mucho tiempo atrás, y de transmitirla con tal exactitud que la escritura simplemente no era necesaria. Los **Vedas**, los himnos sagrados del Brahmanismo, habían sido compuestos unos mil años antes del Buddha, y por cierto no fueron escritos hasta muchos siglos después de su Nirvana final, y aun así fueron fielmente preservados. Canciones, leyendas, historias, textos sagrados y grandes cantidades de otra literatura que formaba parte de la cultura de la época fueron todos preservados oralmente.

7. La religión predominante en India durante los tiempos del Buddha era el Brahmanismo, no el Hinduismo como se supone comúnmente – siendo el Hinduismo una amalgama del Brahmanismo, el Buddhismo y varios cultos folklóricos que se desarrollaron sólo muchos siglos después del Buddha.

El Brahmanismo creía en un dios creador supremo llamado Brahma y muchos dioses menores como Agni³, el dios del fuego, Indra, el rey de los dioses, Yama, el rey del sub-mundo, Suriya, el dios del sol, etc. Esos dioses eran propiciados con sacrificios (*yaga*) los que eran arrojados al fuego ritual y luego se creía que eran llevados al cielo en el humo. Las personas ordinarias podían hacer pequeños sacrificios de arroz o **ghee** (manteca), pero los ricos o la realeza a veces sacrificaban una gran cantidad de animales, usualmente vacas pero ocasionalmente incluso seres humanos. Los sacrificios eran asuntos muy complejos y se creía que podían hacer descender las bendiciones de los dioses sólo si eran practicados de un modo absolutamente correcto. Sólo los brahmanes, los sacerdotes hereditarios, sabían

³ Agni en sánscrito.



cómo realizar los sacrificios correctamente, conocimiento que guardaban celosamente, y esperaban ser bien pagados por sus servicios. Como resultado de esto, los brahmanes tenían una bien ganada reputación de codiciosos y avaros. Otra práctica importante del Brahmanismo eran los baños rituales. Se creía que si una persona hacía el mal podía ser limpiada o lavada bañándose en ciertos ríos sagrados, el más popular de los cuales era el Ganges.

8. En los tiempos del Buddha, había una insatisfacción ampliamente difundida con el Brahmanismo, y muchas personas, incluyendo muchos intelectuales Brahmanes, se estaban interesando en nuevas ideas religiosas. Paralela al Brahmanismo y mucho más antigua era la tradición de los maestros ascéticos no-ortodoxos (**samana**) que estaban comenzando a atraer la atención crecientemente. El más famoso de esos maestros fue Nataputta, conocido por sus discípulos por el título de Mahavira Jain (el Gran Héroe Victorioso). Sus seguidores eran conocidos como Los Libres de Ataduras (Nigantha) y la religión que él fundó llegó a ser conocida como el Jainismo. Nataputta era un anciano contemporáneo del Buddha y ya tenía muchos discípulos en la época en que comenzó el Buddhismo. Otro grupo importante de ascetas eran los Ajivikas, fundado por Makkhali Gossala. Los ascetas Ajivika iban desnudos y enseñaban que hacer el bien y abstenerse de hacer el mal era inútil, porque todos podrían encontrar la salvación eventualmente por medio del proceso de la transmigración, así como un ovillo de hilo rodando por el suelo eventualmente se desenrollará. Los Ajivikas tenían muchos seguidores influyentes y defensores, pero el Buddha los criticó como a los peores de todos los ascetas. Algunos de los otros maestros bien conocidos de la época eran Ajita de la manta de pelo, Purana Kassapa, Pakudha Kaccayana y Sanjaya Belatthiputta, cuyas religiones duraron sólo unos siglos y luego se extinguieron.



Los Sakyas

9. El río Ganges fluye a través de una amplia planicie llana bordeada en su parte norte por las colinas Mahabharar, más allá de las cuales yacen los Himalayas. Justo donde la planicie se une con las colinas estaba la tierra natal de los Sakyas, la tribu en la que nació el Buddha. Los Sakyas pertenecían a la casta guerrera (khattiya) y tenían una reputación de orgullosos y temperamentales. Comparados con los otros estados, los Sakyas eran más bien poco sofisticados, en el filo exterior, por así decirlo, de la civilización que se estaba desarrollando rápidamente al norte de la India en ese momento. Los Sakyas no tenían ciudades como tales, sino asentamientos y aldeas más bien grandes, siendo las principales Kapilavatthu, la capital, Catuma, Komadussa y Silavari.

10. Como todos los pueblos de la época, los Sakyas tenían leyendas sobre sus orígenes, una mezcla de hechos y ficción, destinadas a enfatizar sus proezas y su nobleza. Trazaban sus orígenes hasta el mítico Rey Okkaka. De acuerdo con la leyenda, Okkaka tenía cinco reinas y numerosos hijos, pero sólo el vástago de la reina principal, Bata, estaba destinado al trono. Esos príncipes eran Okkamukha, Karakanda, Hatthinika, y Sinipura. Cuando la reina principal murió, Okkaka se casó con una mujer mucho más joven y la hizo reina principal, pasando por sobre las otras esposas y creando muchos celos. Cuando la nueva reina principal dio a luz a un hijo, Okkaka estuvo tan complacido que le ofreció darle cualquier cosa que ella deseara. Inmediatamente ella respondió: "Quiero que mi hijo herede el trono". El rey no podía hacer eso porque sus otros cuatro hijos estaban legalmente habilitados para el trono, pero la reina insistió en que él mantuviera su promesa. No siendo capaz de retroceder, lamentablemente hizo príncipe coronado a su nuevo hijo Jantu y expulsó a sus otros hijos. Sus hermanas estaban disgustadas con esta decisión, y como protesta se unieron a sus hermanos en el exilio. Los príncipes y princesas vagabundearon a través de la selva en busca de un lugar adecuado donde vivir. Con el tiempo, llegaron a la ermita del sabio Kapila, quien les dio la bienvenida y los invitó a vivir en las cercanías, cosa que hicieron, llamando a ese lugar Kapilavatthu en honor al sabio. Había aldeas aisladas en el área, pero los jóvenes príncipes eran demasiado orgullosos para casarse fuera de su propia tribu, y entonces hicieron madre a la hermana mayor, Piya, y se casaron con las otras hermanas, algo por lo que los Sakyas fueron molestados frecuentemente siglos más tarde. Más tarde Piya se casó con Rama, el rey de Benares, y sus hijos fueron los ancestros de los Koliya, los parientes de los Sakyas en el Este. Fue el aprendizaje de esta historia y de otras relacionadas a la historia de la



tribu, lo que probablemente formó parte de la educación del joven Príncipe Siddharta.

11. Los Sakyas tenían un Consejo (*sabha*) que estaba constituido por guerreros de la tribu respetados por sus proezas o sabiduría militar. El consejo se reunía regularmente en el salón de asambleas de Kapilavatthu (*sala*) para discutir el gobierno del estado. El consejo también dirimía disputas y actuaba como corte judicial. Un hombre que se hubiera probado a sí mismo en batalla, que fuera rico en tierras y ganado, y que fuera conocido por su sabiduría, tacto y habilidades conciliatorias, sería elegido como presidente del consejo y para actuar como el regente de los Sakyas.

12. Suddhodana, cuyo nombre significa “arroz puro”, cumplía con todos esos requisitos y había gobernado a los Sakyas durante varios años, como lo habían hecho probablemente muchos miembros de su familia anteriormente. Era el hijo de Sihanu y su esposa Kaccana, y era uno de cinco hermanos, siendo los otros Dhotodana, Sakkodana, Sukkodana, y Amitodana. Los Sakyas practicaban la endogamia, el casamiento entre primos, y la poligamia, así que Suddhodana se casó con dos hermanas, Maha Maya y Maha Pajapati Gotama, siendo las dos sus primas cercanas. Este tipo de arreglo era alentado porque los Sakyas, siendo muy orgullosos, sentían que estaba por debajo de su dignidad casarse con quienes no eran Sakyas, y también porque así se mantenían las propiedades dentro de la familia.

13. El Buddha no estaba apegado a su tribu pero tenía una consideración afectuosa hacia ella. Una vez, el joven Brahmán Ambattha abusó de los Sakyas en presencia del Buddha. Cuando el Buddha le preguntó por qué estaba tan enojado con los Sakyas, dijo: “Una vez fui a Kapilavatthu a hacer ciertos negocios para mi maestro, el Brahmán Pakkharasati, y llegué al salón de la asamblea de los Sakyas. En ese momento, una multitud de Sakyas estaba sentada en un estrado elevado en su salón de asambleas, apuntándose entre sí con los dedos, y estoy seguro de que se estaban burlando de mí. Nadie me ofreció siquiera un asiento. No es apropiado que ellos no respeten a los Brahmanes”. El Buddha defendió a los Sakyas diciendo: “Pero, Ambattha, incluso la codorniz, esa ave pequeña, puede decir lo que quiera en su propio nido”.

Kapilavatthu es el hogar de los Sakyas. No merecen censura por tal desliz menor. Muchos miembros de la familia del Buddha se volvieron prominentes en la Sangha, y era probable que de alguna manera el Buddha los favoreciera, aunque no cuando se llegaba a asuntos espirituales. Él hizo a su madre adoptiva, Maha Pajapati Gotama, la cabeza de la Sangha de monjas. De los nueve asistentes diferentes que tuvo el Buddha durante su vida, uno, Ananda, era un primo, y otros dos, Nagasamala y Meghiya, eran Sakyas.



14. Después de aproximadamente siete años de no haber escuchado nada sobre su hijo, Suddhodhana llegó a saber que él estaba viviendo en Rajagaha, y que estaba proclamando estar iluminado. Lleno de gozo por saber que su hijo aun estaba vivo, Suddhodhana envió a un mensajero para pedirle que regresara al hogar. El mensajero encontró al Buddha en el Bosque de Bambú en Rajagaha, y quedó tan cautivado escuchando el Dharma que allí mismo, y en ese mismo momento, decidió hacerse monje, olvidando completamente transmitir el mensaje de Suddhodhana al Buddha. Fueron enviados más mensajeros y ocurrió lo mismo. Finalmente, exasperado, Suddhodhana pidió a Kaludayi que tomara el mensaje, pero le dijo que tenía permiso para hacerse monje sólo a condición de que le transmitiera el mensaje al Buddha. Y entonces el Buddha llegó a conocer el deseo de su padre de verlo. Poco después se encaminó hacia Kapilavatthu, seguido por una gran comitiva de monjes. Cuando llegaron, se quedaron afuera de la ciudad en un parque, y por la mañana ingresaron a la ciudad para mendigar comida. Recién entonces Suddhodhana se dio cuenta de que su hijo había llegado, y quedó impresionado de saber que su hijo había dormido bajo un árbol en lugar de dormir en el palacio, y que hubiera mendigado alimentos por las calles en vez de deleitarse en la mesa del banquete. “Estás degradando la dignidad de tu familia”, dijo Suddhodhana, conteniendo su ira con dificultad. El Buddha respondió: “Suddhodhana, al iluminarse uno se vuelve de la familia de los Nobles, y su dignidad no depende de los lazos externos, sino de la sabiduría y la compasión”. El Buddha ofreció muchas enseñanzas en Kapilavatthu y en otras ciudades, y muchos Sakyas se hicieron monjes, mientras que otros se hicieron seguidores entusiastas del Dharma permaneciendo en la vida de laicos. Después de una resistencia inicial, Suddhodhana escuchó lo que su hijo tenía para decir, y se volvió uno “Que Vuelve una Vez⁴”.

15. El fanatismo por su clan y su orgullo finalmente llevaron a los Sakyas a su caída. Aunque los Sakyas eran libres para dedicarse a sus propios asuntos, estaban controlados hasta cierto punto por su poderoso vecino del oeste, Kosala. Por los tiempos del Buddha, Kosala se había involucrado tanto en los asuntos de los Sakyas que el mismo Buddha describió alguna vez a su tierra natal como parte de Kosala. “Ahora los Sakyas son vasallos del rey de Kosala. Le ofrecen

⁴ Muchas veces en este texto aparecen estas denominaciones: “El que Entra en la Corriente”, “El que Vuelve una Vez”, “El que no regresa”, y “el Arhat”. Son las así llamadas “Cuatro clases de santidad”, en sánscrito: Srotapana (que entra en la corriente, es decir el que alcanza la comprensión del Dharma y se convierte en discípulo), Sakrdagamin (el que regresa una vez, o sea el discípulo que aun tiene que renacer una vez antes del Nirvana final), Anagamin (el que no regresa, es decir el discípulo que renació por última vez) y Arhat (el nivel de santidad más elevado, similar a un Buddha). Estos son los ideales del Buddhismo Theravada.



servicio y lo saludan, lo apoyan, le rinden honor y deferencia.” El amor del Buddha por la libertad personal y la independencia fue probablemente influido por su educación Sakya, y no hay duda de que él simpatizaba con las pequeñas repúblicas tribales en sus luchas por mantener su independencia de las monarquías autoritarias que estaban emergiendo en aquella época. Cuando escuchó que el Rey Ajatasattu estaba preparándose para invadir la república Vajjia, le preguntó a Ananda: “¿Has oído que los Vajjia mantienen asambleas frecuentes y regulares, que se reúnen en armonía, manejan los negocios en armonía, y que imploran en armonía, que se rigen por las decisiones que han tomado de acuerdo con la tradición, que honran, respetan, reverencian y saludan a los ancianos, y escuchan sus consejos, que no secuestran a las mujeres de otros o a sus hijas y las obligan a vivir con ellos, que honran, respetan, reverencian y saludan a los santuarios Vajjias en su país y en el exterior, y que no retiran el apoyo que les dan, y que se les da protección y provisiones adecuadas a los santos, de modo que ellos puedan vivir allí cómodamente y que puedan venir más en el futuro?” Ananda respondió que los Vajjias hacían todo eso, y el Buddha dijo: “Mientras sigan haciendo esas cosas, puede esperarse que los Vajjias prosperen y no declinen”.

16. Parece que el Rey Pasenadi de Kosala deseaba extender su influencia entre los Sakyas, y eligió hacerlo demandando una mujer de la nobleza Sakya como esposa para su hijo. Ningún Sakya quería que una hija de ellos se casara con alguien que no fuera de la tribu, pero al mismo tiempo no podían ignorar los deseos de su poderoso vecino. Mahanama, uno de los primos del Buddha, llegó con una solución. Él había tenido una hija llamada Vasabhakhattiya con una de sus esclavas, y sugirió que se la hiciera pasar por una noble Sakya, y que se la dieran al hijo del Rey Pasenadi como esposa. El truco funcionó; Vasabhakhattiya fue llevada a Kosala, se casó y fue aceptada en la familia real. Eventualmente dio a luz a un niño que fue llamado Vidudabha, quien se volvió príncipe coronado. Cuando Vidudabha creció, quiso ir a visitar a quienes creía que eran sus parientes Sakyas en Kapilavatthu, pero su madre lo persuadió para que no fuera, sabiendo que los Sakyas lo tratarían con desprecio. Finalmente fue, y quedó asombrado por la fría recepción que le dieron. No deseando recibir más faltas de respeto, pronto se fue, pero cuando recién salía de Kapilavatthu, uno de sus asistentes tuvo que regresar a buscar una espada que se había olvidado. Cuando llegó al salón de asambleas, vio a una esclava lavando con leche el asiento sobre el que se había sentado Vidudabha (un modo aceptado de purificar algo que se hubiera vuelto ritualmente impuro). El guerrero preguntó a la esclava por qué estaba haciendo eso. “Porque aquí se sentó el hijo de una esclava”, respondió ella. Él le preguntó qué quería decir, y ella le contó toda la historia. Cuando Vidudabha escuchó la verdad, que su madre no era una noble sino una esclava



común, su humillación y su furia no conocieron límites, y se prometió que algún día castigaría a los Sakyas por su engaño. “Que viertan leche sobre mi asiento para purificarlo. Cuando sea rey, limpiaré el lugar con la sangre de sus corazones”.

17. Hacia el fin de la vida del Buddha, Vidudabha se convirtió en rey y en varias oportunidades marchó junto a su ejército hacia Kapilavatthu, aunque en cada ocasión el Buddha pudo persuadirlo para que regresara. Aunque finalmente, Kapilavatthu y varias otras ciudades Sakyas fueron atacadas, y Vidudabha tuvo la satisfacción de ver masacrados a muchos Sakyas. Después de la campaña, marchó de regreso hacia Kosala cargado con el botín. En su camino de regreso, el ejército acampó por una noche a orillas de un río, y durante la madrugada una fuerte tormenta hizo que se desbordara el río, ahogando a la mayoría del ejército de Vidudabha. Los Sakyas que sobrevivieron a la terrible masacre reconstruyeron unas pocas ciudades pequeñas e intentaron continuar con su vida, pero con su número diezmado y su independencia perdida, declinaron y hoy en día sólo se los recuerda por uno de sus miembros, el Buddha.





¿Cómo era el Buddha?

18. Tan extraordinario era el Buddha, tan infaliblemente amable y sabio, y un encuentro con él podía cambiar la vida de las personas tan positivamente, que aun mientras estaba vivo se contaban leyendas sobre él. En los siglos siguientes a su Nirvana final se llegó al nivel en que los mitos y las leyendas oscurecieron al verdaderamente real ser humano detrás de ellos, y se llegó a ver al Buddha como a un dios. En realidad en Buddha era un ser humano, no un “mero ser humano”, como se dice a veces, sino una clase especial de ser humano llamado “una persona completa” (*mahapurisa*). Tales personas completas no nacen diferentes de los demás, y de hecho físicamente siguen siendo bastante comunes. Pero por medio de sus propios esfuerzos llegan a completar cada potencial humano y a desarrollar su pureza mental y su comprensión hasta el nivel en el que exceden por lejos a los de los seres humanos comunes. Un Buddha, una persona completa, es aun superior a un dios porque él o ella está incluso libre de los celos, de la ira y del favoritismo que se nos ha dicho que un dios es capaz de sentir.

19. Entonces, ¿cómo era el Buddha? ¿Cómo hubiera sido conocerlo? El Buddha medía cerca de un metro ochenta, tenía el cabello negro carbón, y una complexión marrón dorada. Cuando aun era un laico, llevaba el cabello y la barba largos, pero al renunciar al mundo los afeitó como cualquier otro monje. Todas las fuentes dicen que el Buddha era notablemente bien parecido. El Brahmán Sonadanda lo describe como “elegante, bien parecido, agradable a la vista, con una contextura de lo más hermosa. Tenía una apariencia y una forma como de dios, de ninguna manera es poco atractivo”. Vacchagotta dijo de él lo siguiente:

“Es hermoso, verdaderamente maravilloso, cuán serena es la buena apariencia de Gotama, cuán clara y radiante su contextura, así como la joroba dorada del otoño es clara y atractiva. Así como el fruto del árbol de palma recién caído del tallo es claro y radiante, así como un ornamento de oro rojo forjado en crisol por un artesano hábil, diestramente cincelado y colocado sobre una tela amarilla brilla, reluce, aun así, los sentidos del buen Gotama son calmados, su complexión es clara y radiante”.

Pero por supuesto, a medida que envejecía su cuerpo sucumbía a la impermanencia como lo hacen todas las cosas compuestas. Ananda lo describe en su vejez así:

“Es raro, Señor, es una incógnita cómo la piel del exaltado ya no es clara y radiante, cómo todos sus miembros están débiles y encogidos,



lo inclinado que está su cuerpo y cómo puede verse un cambio en sus ojos, orejas, nariz, lengua y cuerpo.”

El último año antes de su Nirvana final el Buddha dijo esto sobre sí mismo:

“Estoy viejo ahora, estropeado, venerable, alguien que ha transitado el camino de la vida, he llegado al fin de mi vida, teniendo ahora ochenta años. Así como una vieja carreta puede mantenerse unida por medio de correas, así también el cuerpo del Tatagatha sólo puede mantenerse en movimiento por medio de vendajes.”

Sin embargo, en su juventud la gente era atraída por la buena apariencia del Buddha así como por su agradable personalidad y por su Dhamma. Sólo estar en su presencia era podía tener un efecto notable sobre las personas. Una vez Sariputta se encontró con Nakulapita y notando su comportamiento apacible le dijo: “Dueño de casa, tus sentidos están calmos, tu complexión es clara y radiante, supongo que hoy has tenido un encuentro cara a cara con el Exaltado...”

Nakulapita respondió: “¿Cómo podría ser de otra manera, maestro? Acabo de ser rociado con el néctar”...

20. El Buddha era un orador de gran maestría. Comuna voz placentera, buena apariencia y compostura combinadas con el atractivo de lo que decía, podía conquistar a su audiencia. Uttara describió así lo que vio en un encuentro donde el Buddha estaba hablando:

“Cuando está enseñando el Dharma a una asamblea en un parque, él no los exalta ni los desprecia sino más bien los deleita, los eleva, los inspira y los alegra con la charla del Dharma. El sonido que proviene de la buena boca de Gotama tiene ocho características: es claro e inteligible, dulce y audible, fluido y limpio, profundo y resonante. Por consiguiente, cuando Gotama instruye a una asamblea, su voz no va más allá de esa asamblea. Después de haber sido deleitados, elevados, alegrados e inspirados, ellos se levantan de sus asientos, y parten con renuencia, manteniendo sus ojos sobre él.”

Una vez, el Rey Pasenadi expresó su asombro acerca de lo silenciosa y atenta que estaba la gente cuando escuchaban hablar al Buddha:

“Soy un Rey noble consagrado, capaz de ejecutar a aquellos que merecen la ejecución, bueno ante quienes merecen bondad, o capaz de exiliar a quienes merecen el exilio. Pero cuando estoy decidiendo un caso, a veces la gente me interrumpe. A veces ni siquiera tengo la oportunidad de decir: ‘Cuando estoy hablando, señor, no me interrumpa’. Pero cuando el Señor está enseñando el Dharma a las



múltiples asambleas, en ese momento ni siquiera se oye el sonido de una tos de sus discípulos. Una vez, cuando el Señor estaba enseñando el Dharma, un monje tosió; uno de sus compañeros en la vida santa le tapó la boca con la rodilla y dijo: `Silencio, no hagas ruido, el Señor, nuestro maestro, está enseñando Dhamma`. Cuando vi eso pensé: `Es maravilloso, verdaderamente maravilloso, qué bien entrenada está, sin palos ni espadas, esta asamblea`.”

21. Aunque el Buddha nunca dio motivos para que a la gente le disgustara, había personas a quienes no les gustaba, a veces por celos, a veces porque no estaban de acuerdo con su Dhamma, y a veces porque él mantenía sus creencias a la fría luz de la razón. Una vez, cuando estaba en Kapilavatthu, Dandapani el Sakya le preguntó al Buddha qué enseñaba. Dandapani no se impresionó, y se retiró sacudiendo la cabeza, mordiéndose la lengua, apoyándose en su bastón, con sus cejas fruncidas en tres arrugas. El Buddha no lo persiguió intentando convencerlo sobre la verdad de su mensaje. El Buddha respondía a todas las críticas explicando claramente y con calma por qué hacía lo que hacía y donde era necesario, corregía los malentendidos que habían originado las críticas. Él nunca estaba agitado, siempre amable y sonriente al enfrentar las críticas, y urgía a sus discípulos a hacer lo mismo.

“Si alguien me criticara, o criticara al Dharma o a la Sangha, no deberían por eso enojarse, resentirse o molestarse. Si lo hicieran, eso los obstaculizaría, y serían incapaces de saber si lo que les han dicho es correcto o erróneo. ¿Se enojarían?

- No Señor.

Entonces, si los demás me critican, o critican al Dharma o a la Sangha, simplemente expliquen lo que es incorrecto, diciendo: `Eso es incorrecto, eso no es correcto, ese no es nuestro camino, nosotros no lo hacemos`.

A veces, el Buddha no era criticado, sino abusado con “palabras rudas, crueles”. En esas ocasiones, él mantenía por lo general un silencio digno.

22. El Buddha frecuentemente es visto como una persona suave y amable, y de hecho lo era, pero eso no significaba que no fuera crítico cuando él creía que eso era necesario. Fue muy crítico con algunas de los otros grupos ascéticos de la época, creyendo que sus doctrinas falsas desencaminaban a la gente. Dijo sobre los Jainas: “Los Jainas carecen de fe, son inmorales, sin vergüenza y desconsiderados. No son compañeros de los buenos hombres, y se exaltan a sí mismos despreciando a los demás. Los Jainas se aferran a las cosas materiales y se niegan a abandonarlas. Son pícaros, de



deseos malos y puntos de vista perversos”. Cuando, por haber comprendido mal, los monjes Buddhistas enseñaban versiones distorsionadas del Dhamma, el Buddha los reprendía, diciéndoles: “¡Hombres tontos!, ¿cómo podrían pensar que yo enseñaría un Dhamma así? ” Pero sus reprimendas y censuras nunca eran para herir sino para incentivar a las personas a hacer más esfuerzos o a reexaminar sus actos o sus creencias.

23. La rutina diaria del Buddha era muy exigente. Dormía por las noches sólo una hora, se despertaba y dedicaba las horas de la madrugada a la meditación, practicando frecuentemente la meditación de la amable compasión. Al amanecer se levantaba y caminaba como forma de ejercicio, y más tarde hablaba con las personas que iban a visitarlo. Antes del mediodía, tomaba su cuenco y su manto y se dirigía a la ciudad, pueblo o caserío más cercano para mendigar alimento. Se detenía en silencio ante cada puerta y recibía agradecido en su cuenco cualquier comida que la gente le ofreciera. Cuando tenía suficiente, regresaba al lugar donde estaba viviendo o tal vez se retiraba a algún bosque cercano a almorzar. Acostumbraba a comer una sola vez por día. Después de haberse vuelto famoso, frecuentemente era invitado a comer a la casa de la gente, y siendo un huésped honorable, a veces se le servía comida suntuosa, algo que los ascetas criticaban. En esas ocasiones, él comía, lavaba sus manos y su cuenco después de la comida, y luego ofrecía una breve charla de Dhamma. Inmediatamente después de su comida, acostumbraba a acostarse a descansar o a dormir un rato. Por las noches, era el hábito del Buddha dormir en la postura del león (sihasana), sobre su lado derecho, con una mano bajo la cabeza y los pies colocados uno sobre otro. Por las tardes hablaba para las personas que habían ido a verlo, daba instrucción a los monjes o, cuando era apropiado, iba a visitar a la gente para hablarles sobre el Dhamma. Tarde por las noches, cuando todos dormían, el Buddha se sentaba en silencio y a veces aparecían devas y le hacían preguntas. Como otros monjes, el Buddha por lo común vagabundeaba de lugar en lugar durante nueve meses del año, lo que le daba muchas oportunidades de conocer gente, y luego se establecía durante los tres meses de la estación lluviosa (vassa). Durante las lluvias normalmente se quedaba en una de las cabañas (kuti) que se habían construido para él en lugares como el Pico del Buitre, o los Bosques de Jetavana o de Bambú. Ananda le decía a los visitantes que se acercaban a la residencia del Buddha que toseran o golpearan y que el Buddha abriría la puerta. A veces el Buddha le pedía a Ananda que no permitiera a las personas que lo molestaran. Leemos sobre un hombre al que se le había dicho que el Buddha no deseaba ver a nadie, y se sentó frente a la residencia del Buddha y dijo: “No me iré hasta que pueda verlo”.



Cuando viajaba, el Buddha dormía en cualquier parte, bajo un árbol, en una posada al costado del camino, en el cobertizo de un alfarero. Una vez Hattaka vio al Buddha durmiendo afuera, al aire libre, y le preguntó: “¿Es feliz?” El Buddha le respondió que era feliz. Luego Hattaka dijo: “Pero, señor, las noches de invierno son frías, el tiempo del cuarto menguante es frío. La tierra ha sido pisoteada por las pezuñas de las vacas, la alfombra de hojas caídas es delgada, hay pocas hojas en los árboles, su manto amarillo es delgado y el viento es frío”. El Buddha reafirmó que a pesar de su estilo de vida simple y austera, aun así era feliz.

24. Como tenía tal agenda de enseñanza y actividades, y como siempre era solicitado para dar consejos sobre diferentes asuntos, a veces sentía la necesidad de estar completamente solo. En varias ocasiones le dijo a Ananda que iba a retirarse para estar en soledad, y que sólo permitiera acercarse a quienes le llevarían la comida. Los críticos del Buddha decían que se retiraba en soledad porque le resultaba difícil responder a las preguntas de la gente, y porque quería evitar los debates públicos. El asceta Nigrodha dijo de él: “La vida del asceta Gotama es destruida por la vida solitaria, no está acostumbrado a las asambleas, no es bueno en los debates, debe estar lejos del contacto”. Pero más usualmente, el Buddha estaba disponible para cualquiera que lo necesitara, para reconfortarse, por inspiración, para tener una guía acerca del camino. De hecho, lo más atractivo y notable sobre la personalidad del Buddha era el amor y la compasión que demostraba hacia todos, parecía que esas cualidades eran el motivo de todo lo que él hacía. El mismo Buddha dijo: “Cuando el Tatagatha o los discípulos de Tatagatha viven en el mundo, se hace por el bien de todos, para la felicidad de todos, llenos de compasión hacia el mundo”.





El Maestro de Dioses y Hombres

25. Un mensaje, sin importar lo lógico o verdadero que sea, es inútil si no puede ser comunicado a los demás. En el Dhamma tenemos una enseñanza perfecta, y el Buddha un perfecto maestro, y la combinación de estas dos cosas significa que poco tiempo después de haber sido proclamado por primera vez, el Dhamma se volvió ampliamente difundido. El Buddha fue el primer maestro religioso que hizo que su mensaje fuera proclamado a toda la humanidad, y que hizo un esfuerzo concreto para lograrlo. El Buddha fue el primer religioso universalista. Les dijo a sus primeros discípulos que difundieran el Dhamma a los cuatro vientos.

“Vayan por el bien de todos, por la felicidad de todos, llenos de compasión por el mundo, por el bienestar, el bien y la felicidad de dioses y hombres. No vayan dos de ustedes en la misma dirección. Enseñen el Dhamma que es hermoso al comienzo, hermoso al medio y hermoso al final. Proclamen tanto la letra como el espíritu de la vida santa completamente cumplida y perfectamente pura. ”

Él también esperaba que sus enseñanzas continuaran difundándose después de su Nirvana final, e instruyó a sus discípulos, tanto laicos como ordenados, para que lo hicieran.

“No moriré hasta que los monjes, las monjas, los laicos y las laicas se hayan vuelto profundamente versados, sabios y bien entrenados, recordando las enseñanzas, eficaces en las doctrinas mayores y menores, y virtuosos; hasta que, habiendo aprendido las enseñanzas por sí mismos, sean capaces de expresarlas a los demás, enseñarlas, hacerlas conocidas, establecerlas, abrirlas, explicarlas y hacerlas claras; hasta que sean capaces de refutar las doctrinas falsas enseñadas por otros, y sean capaces de difundir ampliamente la verdad liberadora y convincente. No moriré hasta que la vida santa se haya vuelto exitosa, próspera, que no sea menospreciada y que sea popular; hasta que se haya vuelto bien proclamada entre los dioses y los hombres”.

26. El motivo del Buddha para proclamar el Dhamma era la compasión. Dijo: “Todo lo que tuviera que ser hecho por un maestro lleno de compasión, por el bienestar de sus discípulos, lo he hecho por ustedes”.

Él vio a los humanos como siendo limitados por su codicia, atormentados por su ira y desviados por su ignorancia, y él sabía que si ellos pudieran escuchar el Dhamma y practicarlo, se volverían felices, virtuosos y libres. Esta compasión convirtió al Buddha en un



maestro incansable y habilidoso, y estudiar sus técnicas de enseñanza no sólo puede ayudarnos en nuestros esfuerzos para proclamar el Dhamma a los demás, sino también profundizar nuestra apreciación por este hombre sabio y compasivo.

27. El Buddha se acercaba a la gente de acuerdo con sus necesidades y disposiciones. Generalmente, las buenas personas llegaban a verlo, mientras que él iba al encuentro de las personas malas o de aquellos que estaban en problemas. En ambos casos, primero les daba lo que se llamaba una charla preliminar (*anupubikatha*), es decir, "sobre la generosidad, la virtud, el cielo, sobre los peligros del deseo y las ventajas de abandonarlos". Esto le permitía al Buddha conocer el nivel de inteligencia y receptividad de sus oyentes. Si la respuesta era buena, entonces "enseñaba el Dhamma que es único de los iluminados, el sufrimiento, su causa, su extinción y el camino que lleva a su extinción".

28. Frecuentemente el Buddha hablaba ante grupos o ante individuos, dando lo que él llamaría un sermón, o bien involucrándose en el diálogo, haciendo y respondiendo preguntas. Las personas con las que hablaba siempre lo encontraban "acogedor, hablando amablemente, cortés, claro y listo para hablar". Cuando conocía a personas fuertemente apegadas a sus puntos de vista, y a quienes él sabía que no podría cambiar, les sugería discutir sobre puntos de coincidencia, para evitar los argumentos infructuosos. En tales momentos él decía: "Sobre estas cosas no hay acuerdo, por lo tanto, dejémoslas de lado. Tomemos las cosas sobre las que coincidimos y hablemos de ellas". A veces, en lugar de hablar de su propio Dhamma, él invitaba a sus oponentes a explicar sus enseñanzas primero. En una época en la que había gran competitividad y celos entre las diferentes religiones, la pureza del Buddha frecuentemente causaba sorpresa. Una vez, un grupo de ascetas se encontró con el Buddha, y su líder le pidió que explicara su Dhamma. El Buddha dijo: "Mejor aun, cuéntame sobre tus enseñanzas". Los ascetas quedaron perplejos y se dijeron entre sí: "Es maravilloso, verdaderamente maravilloso, cuán grande es el asceta Gotama, por guardarse sus propios puntos de vista e invitar a los demás a que expliquen los suyos". Cuando la gente hacía una pregunta particularmente apropiada o relevante, él los elogiaba, alentando por consiguiente la discusión, la indagación y las preguntas. Cuando Bhadda hizo una de tales preguntas, el Buddha respondió: "¡Bien dicho!, ¡bien dicho, amigo Bhadda! tu comprensión es bienvenida. Tu sabiduría es bienvenida".

29. Los debates eran una característica muy común en la vida religiosa de la antigua India, y grandes multitudes se reunían a escuchar a los oradores defendiendo sus propias doctrinas contra los ataques de sus oponentes o críticos. A veces las pasiones se volvían



bastante calientes durante esos debates, con una parte intentando difamar o ridiculizar a la otra. Como el orgullo y la reputación del orador estaban en peligro, los que participaban en esos debates a veces estaban preparados para involucrarse en los trucos, con la finalidad de ganar, o al menos de dar la impresión de que ganaban. Un monje llamado Hatthaka acostumbraba a disfrutar de los debates, pero eventualmente sufría varias derrotas. Después de arreglar un encuentro con sus oponentes a una hora determinada, aparecía varias horas antes y entonces se jactaba ante sus admiradores de que sus oponentes eran demasiado temerosos como para confrontar con él. Probablemente era por esta razón que durante la primera parte de su carrera el Buddha evitaba tales debates.

Pero gradualmente, a medida que su Dhamma se volvía más popular y comenzaba a ser desafiado o falseado por los ascetas de otras sectas, él comenzó a frecuentar los debates. De hecho, pronto fue reconocido como el polemista más persuasivo de su tiempo. Los debates eran gobernados por ciertas reglas, y el Buddha siempre las cumplía, y esperaba que los demás también las cumplieran. Cuando un joven llamado Canki seguía interponiéndose mientras el Buddha estaba discutiendo con algunos brahmanes bien instruidos, se volvió hacia él y dijo con firmeza: "¡Silencio, Canki, no interrumpas cuando estamos hablando!". Si al preguntársele por tercera vez, una persona aun no podía responder, el Buddha insistía en que admitiera su derrota, ya que esa era una regla. Una vez el Buddha le preguntó a un asceta si creía de buena gana en el punto de vista que él sostenía. El asceta dijo: "Lo creo, y así lo hacen todos ellos", mientras señalaba a una gran audiencia. El Buddha dijo: "Lo que ellos crean no es lo importante. ¿Es ese *tu* punto de vista?". Pero por supuesto, la intención del Buddha no era derrotar a sus oponentes, sino guiarlos hacia una comprensión clara. Con este fin, él usaba frecuentemente lo que se conoce como el método socrático, así llamado porque fue usado por primera vez en occidente por el filósofo griego Sócrates, formulando preguntas más claras como medio para llevar a la gente a tener intuición o a demostrar un punto. Por ejemplo, una vez durante una discusión, un brahmán llamado Sonadanda proclamó: "Un verdadero brahmán tiene ancestros puros, es bien versado en las sagradas escrituras, es hermoso en su color, es virtuoso, es sabio y es experto en rituales". El Buddha le preguntó: "¿Podría una persona carecer de alguna de esas cualidades y aun ser considerado un brahmán?". Sonadanda pensó durante un momento y luego admitió que alguien podría tener la tez oscura y aun así ser un brahmán. Continuando con la pregunta, Sonadanda fue guiado hacia el mismo punto de vista del Buddha, de que no son los ancestros, ni el color, ni el conocimiento ni el estatus social lo que hacen a alguien superior, sino la sabiduría y la virtud.



30. El humor desempeña un papel importante en la salud mental así como en una comunicación eficaz. Por consiguiente, no es sorprendente encontrar que el Buddha frecuentemente incluía humor en sus enseñanzas. Sus discursos contienen juegos de palabras inteligentes, historias sorprendentes y una buena dosis de ironía. Después de que el Rey Ajatasattu hubiera asesinado a su padre y comenzara a sospecharse que su hijo podría estar complotando para matarlo, él comenzó a darse cuenta de que los frutos de la ambición mundana pueden ser amargos y fue a buscar el consejo del Buddha. Le preguntó: "Señor, ¿podría mostrarme algún beneficio de la vida del monje que puedan ser vistos aquí y ahora?" El Buddha le respondió con otra pregunta: "Si tuvieras un esclavo que se escapa y se hace monje, más tarde, al encontrarlo, ¿lo arrestarías y te lo llevarías de vuelta?" "Ciertamente no", respondió el Rey, "por el contrario, me presentaría ante él, lo respetaría, y le ofrecería proveerlo de lo que fuera necesario". "Bien", dijo el Buddha, "este es uno de los beneficios de ser un monje que pueden ser vistos aquí y ahora". La veta humorística de esta respuesta fue claramente significativa para aliviar a Ajatasattu, para elevarlo de su tristeza, y para hacerlo más receptivo a la respuesta más plena y seria que el Buddha procedió a ofrecerle luego. El Buddha frecuentemente daba golpes de humor bien intencionados a las pretensiones de los brahmanes y al absurdo de algunas de sus creencias. Cuando ellos sostenían que eran superiores a lo demás por haber nacido de la boca de Dios, el Buddha comentaba: "Pero ustedes nacieron del vientre de su madre como todos los demás". Él contaba historias en las cuales retrataba al omnisciente Dios de los brahmanes como avergonzados y ni un poco molestos al preguntárseles algo que no podían responder. Cuando los brahmanes decían que ellos podían lavar sus pecados bañándose en los ríos sagrados, él bromeaba diciendo que el agua podía lavar sus buenas acciones también.

31. Otra característica del método de enseñanza del Buddha era su empleo de símiles y metáforas. Utilizando su amplio interés y conocimiento del mundo en el que vivía, usaba una rica variedad de símiles y metáforas para aclarar sus enseñanzas y hacerlas más memorables. Por ejemplo, comparaba a una persona que fracasa en practicar las enseñanzas que él proclamaba con una flor hermosa sin perfume. El Buddha decía que deberíamos reemplazar los pensamientos negativos con los positivos, así como un carpintero extrae una estaca de un agujero con otra estaca. Él también era hábil en el uso de cualquier cosa que tuviera a mano para destacar un aspecto, o dramatizar o aclarar su sentido. Una vez, el príncipe Abhaya le preguntó al Buddha si alguna vez había dicho algo que hubiera hecho sentir infeliz a la gente. En ese momento el príncipe estaba sosteniendo a su pequeño hijo sobre sus rodillas. El Buddha miró al niño y dijo: "Si su hijo se mete una piedra en la boca, ¿qué haría usted?" El príncipe Abhaya respondió: "La sacaría



inmediatamente aun si eso lastimara al niño. ¿Y por qué? Porque podría ser peligroso para el niño y yo siento compasión por él”. Entonces el Buddha le explicó que a veces él podría decir cosas que la gente necesita pero que no quiere escuchar, pero que su motivo fue siempre la compasión por la gente.

32. Otra característica del diestro modo de enseñanza del Buddha era su habilidad para dar un sentido práctico o nuevo a las ideas o prácticas antiguas, y de reinterpretar las cosas con el fin de hacerlas más relevantes. Cuando alguien le preguntaba cuál era la bendición más poderosa, en vez de mencionar los variados mantras o encantamientos, como la gente esperaba, el Buddha decía que actuar con honestidad, amabilidad e integridad era la bendición más grande. Cuando era acusado de enseñar la aniquilación, él asentía, pero justificaba su afirmación explicando que enseñaba la aniquilación de la codicia, ira e ignorancia. El Buddha usaba términos como brahmán y descastado (*vasala*), no del modo en que eran usados por los adherentes al sistema de castas, sino para señalar la virtud o la falta de virtud de una persona.

33. En algunas religiones, es necesario creer para ser salvado, mientras que en el Buddhismo, el Nirvana sólo puede ser logrado por medio de la comprensión. Por eso, quienes llegabas a escuchar las enseñanzas del Buddha y se volvían sus discípulos tendían a ser los laicos y laicas mejor educados, y los intelectuales de la época. El Dhamma, decía el Buddha, debía “ser comprendido por el sabio, por cada uno en sí mismo (*paccatam veditabbo vinnuhi*)”. Pero esto no significaba que el Buddha no tuviera nada que decirles a los menos sofisticados. Por el contrario, con su habilidad y creatividad, él fue capaz de hacer inteligible su mensaje para las personas de todos los niveles de comprensión, incluso para los niños, y como resultado, personas de todo tipo se hicieron sus discípulos. Tan exitoso fue él, de hecho, que algunos de los otros maestros de su época lo acusaban de usar la magia para atraer a sus discípulos.

34. Como el motivo del Buddha para enseñar el Dhamma era la compasión, y como su compasión era infinita, nunca se cansaba en sus esfuerzos para proclamarlo o para explicarlo a los demás. Sólo unos meses antes de su Nirvana final, dijo:

“Hay algunos que dicen que mientras un hombre es joven posee lucidez de sabiduría, pero a medida que envejece esa sabiduría comienza a desvanecerse. Pero esto no es así. Estoy estropeado ahora, viejo, anciano, he vivido mi vida y ahora voy hacia el fin de mi vida, teniendo cerca de ochenta años. Ahora, si tuviera cuatro discípulos que fueran a vivir cien años, y si durante ese tiempo ellos fueran a hacerme preguntas sobre las cuatro bases de la atención, excepto cuando estuvieran comiendo, bebiendo, haciendo sus



necesidades o durmiendo, aun no terminaría de explicarles el Dhamma. Aunque tuvieran que llevarme en camilla no habría cambios en la lucidez de la sabiduría. Si alguien fuera a hablar correctamente de mí, diría: 'Un ser que no está sujeto a la ilusión ha surgido en el mundo, para el bien de muchos, para la felicidad de muchos, lleno de compasión por el mundo, para el bien y la felicidad de los dioses y los hombres'".

35. Y él fue sincero sobre sus palabras a ese respecto. Mientras yacía moribundo, un hombre se le acercó para hacerle una pregunta. Ananda y los otros discípulos lo detuvieron diciéndole que el Buddha estaba cansado y enfermo, pero cuando el Buddha vio esto, le hizo señas al hombre para que avanzara y respondió a sus preguntas. El gran regalo del Buddha a la humanidad fue la verdad y su compasión lo motivó a darla a todos lo que quisieran recibirla.



La Orden de Monjes y Monjas

36. Durante siglos, la religión en la India había estado dividida entre dos movimientos contrastantes, la tradición brahmánica ortodoxa, y la tradición no ortodoxa (*samana*). Los brahmanes enseñaban que la salvación podía ser lograda siendo un buen hijo y padre, y practicando devotamente ciertos rituales. Los brahmanes eran casados, generalmente con varias esposas, bien educados en el conocimiento sagrado y mundano, y se mantenían a sí mismos y a sus familias con los honorarios que recibían por realizar los rituales que se creían esenciales para la prosperidad en esta vida y el cielo en la próxima. La tradición *samana* por otra parte enseñaba que la salvación sólo podía ser lograda por medio de la comprensión y la transformación de la mente. Para facilitar esto, renunciar a la familia y a las responsabilidades sociales era considerado útil ya que lo liberaba a uno de las distracciones innecesarias. La experimentación con varios ejercicios de yoga y de meditación, así como la práctica de la auto mortificación eran también comunes en este movimiento. Esta tradición fue personificada por el asceta (*samana, paribbajaka, muni, tapasa, etc.*), que vivía solo, o en pequeños grupos en la selva, o en cuevas en las montañas, huyendo de la sociedad y sus convenciones. Mientras algunos ascetas andaban desnudos, la mayoría vestía ropas simples, generalmente teñidas de amarillo, color que los identificaba como renunciantes al mundo. En India, el amarillo era el color de la renuncia porque antes de que una hoja caiga del árbol se vuelve amarilla. Cuando el Príncipe Siddharta renunció al mundo, parece que asumió automáticamente que el camino que lo llevaría a la verdad era el ascético antes que el de los brahmanes.

37. Después de convertirse en el Buddha, vio la necesidad de una fraternidad de ascetas dedicados a ayudar a los demás a lograr la iluminación, y a transmitir el Dhamma a través del espacio y del tiempo. Por consiguiente, como otros maestros, él fundó una comunidad de monjes (*bhikkhu sangha*), un cuerpo legalmente autónomo con sus propias reglas y regulaciones. El Buddha cambiaba la estructura y las reglas de la Sangha según surgían nuevas situaciones, y en el Vinaya Pitaka tenemos una imagen de esta evolución gradual. A lo largo de los siglos, mientras que grandes imperios han surgido y desaparecido, la Sangha ha sobrevivido y florecido, actuando como un mudo testigo de cómo debería ser vivido el Dhamma y como un medio de civilización a lo largo y a lo ancho de Asia.

38. Para volverse un novicio (*samanera*) en la Bhikkhu Sangha, todo lo que se necesitaba era acercarse a un monje que tuviera por lo menos diez años de ordenado, y solicitar ser aceptado. La



comprensión que llevaba a tomar la decisión de abandonar la vida del mundo venía frecuentemente como resultado de haber escuchado las enseñanzas del Buddha y se expresaba generalmente así: “La vida del dueño de casa es confinada y polvorienta, abandonarla es liberador. No es fácil para alguien que vive en el hogar vivir la vida santa perfectamente completa, perfectamente pura y pulida como la concha de una ostra. Supone que corto mi cabello y mi barba, me visto con el hábito amarillo y voy de casa en casa como un hombre sin hogar”. Después de que el candidato hubiera afeitado su cabeza y se hubiera vestido con su hábito, debía vivir según los Diez Preceptos. El Buddha permitía que incluso los niños pequeños fueran ordenados como novicios. Después de que un novicio hubiera recibido un entrenamiento suficiente y tuviera al menos 20 años de edad, podía tomar su ordenación completa (*upasampada*) y volverse un monje (*bhikkhu*). Para hacer esto, el novicio debía acercarse a una asamblea de diez o más monjes con diez años de ordenados como mínimo, que fueran respetados por su sabiduría y su virtud. Entonces se le hacían once preguntas al candidato, para determinar su aptitud, sus motivos y su disposición: 1. ¿Está libre de enfermedades?; 2. ¿Es un ser humano?; 3. ¿Es un hombre?; 4. ¿Es un hombre libre?; 5. ¿Está libre de deudas?; 6. ¿Tiene alguna obligación hacia el rey?; 7. ¿Tiene el permiso de sus padres?; 8. ¿Tiene al menos 20 años de edad?; 9. ¿Tiene su cuenco y su manto?; 10. ¿Cómo se llama?; 11. ¿Cómo se llama su maestro? Si el candidato respondía afirmativamente a estas preguntas, entonces solicitaba la ordenación superior tres veces, y si nadie elevaba objeciones, era considerado un monje.

39. Los monjes Buddhistas se llamaban a sí mismos y eran conocidos por los demás como los Hijos del Sakya (*Sakyaputta*). Un monje podía usar las pertenencias de la comunidad monástica, pero sólo podía poseer ocho requisitos (*atthapirika*). Eran: 1. Un manto externo (*civara*); 2. Un manto interno; 3. Un manto grueso para el invierno; 4. Un cuenco de limosnas con el recolectaría su alimento; 5. Una navaja; 6. Una aguja e hilo; 7. Un cinturón; y 8. Un filtro para purificar el agua y quitar pequeñas criaturas que pudiera contener. Se esperaba que un monje llevara todas sus pertenencias consigo cada vez que emprendía un viaje, “así como un pájaro lleva sólo sus alas dondequiera que vaya”.

40. Si la gente deseaba darle un regalo a un monje, él sólo podía aceptar comida o alguno de los ocho requisitos mencionados, cualquier otra cosa, como tierras, una construcción, telas o granos, etc., sólo podía ser aceptada en nombre de toda la comunidad y por esto se convertía en propiedad de todos. Al convertirse en monje, uno estaba obligado a seguir el *Patimokkha*, las 227 reglas que gobernaban la disciplina y el funcionamiento de la Sangha. Las reglas estaban divididas en ocho categorías según el castigo requerido si



eran infringidas. Las reglas más importantes eran las cuatro *Parajika* automáticamente, cuya violación por parte de un monje implicaba la expulsión automática de la Sangha, sin que pudiera volver a ordenarse en el futuro. Estas eran: 1. la actividad sexual, 2. el robo, 3. el homicidio, y 4. expresar falsamente la posesión de poderes mágicos o logros espirituales. La palabra *Parajika* literalmente significa “vencer” y significa que la persona que ha violado esas reglas ha sido vencida por su deseo, ira u orgullo. Otras reglas importantes eran las 13 *Sanghadisesa*, que requerían la confesión si eran violadas, y las *Nissaggiya Pacittiya*, 30 reglas concernientes a las posesiones, cuya violación era castigada con la confiscación de las mismas.

Otras reglas gobernaban la etiqueta, la mediación en las disputas y la administración. Aunque estas reglas, registradas ahora en el Vinaya Pitaka, significaban un medio para mantener la disciplina y resolver los problemas que surgen cuando las personas conviven, no son absolutas. El Buddha decía que podían ser cambiadas o modificadas según las circunstancias. Antes de entrar en su Nirvana final, les dijo a los monjes: “Si lo desean, la Sangha puede abolir las reglas menores después de mi muerte”.

41. Como todos los ascetas de la época, los monjes Buddhistas dedicaban la mayoría del año a viajar de un lugar a otro. Esta movilidad les daba a los monjes la oportunidad de conocer a un gran número de personas a quienes podían enseñarle el Dhamma, y eso también garantizaba que no pudieran acumular propiedades. Sin embargo, una de las reglas para los monjes era que debían establecerse y quedarse en un lugar durante los tres meses de la estación lluviosa (*vassa*). Este periodo de estadía era necesario por el hecho de que cualquier viaje era difícil durante esa estación, pero los monjes lo usaban como una oportunidad para intensificar la meditación. El número de tales periodos de retiros de meditación que el monje había tenido era una marca de su madurez y experiencia, y entonces, como ahora, cuando los monjes se encontraban se preguntaban: “¿cuántas lluvias (*vassa*) has tenido?”

42. Para mantener la disciplina y fortalecer los valores comunes en la Sangha, era necesario para los monjes llevar una vida comunitaria en la cual todos participaran. Ciertas áreas llamadas distritos (*sima*) estaban demarcadas, y todos los monjes que vivían dentro de esa área se reunían dos veces al mes, en un encuentro llamado *Uposatha*. Durante ese encuentro se recitaba el *Patimokkha*, se confesaban violaciones a las reglas y se administraban los castigos, se trataban los asuntos concernientes a la comunidad, y por supuesto se comentaba el Dhamma. Si debían tomarse decisiones, cada monje podía expresar su opinión y tenía el derecho de votar. El *Uposatha* tenía un rol importante para reafirmar la identidad de la Sangha,



fortalecer el compañerismo, y en particular para preservar y transmitir el Dhamma.

43. Al comienzo no había monjas, pero a medida que el Dhamma se volvía más popular y conocido, las mujeres gradualmente se fueron interesando más en la vida monástica. Durante una de las visitas del Buddha a Kapilavatthu, justo después de la muerte de su padre, Maha Pajapati Gotami, su madre adoptiva, se acercó al Buddha y le preguntó si podía ser ordenada. El Buddha se rehusó, y Maha Pajapati se retiró llorando. Después de que el Buddha se fuera de Kapilavatthu hacia Vaisali, ella se afeitó la cabeza, se puso un manto amarillo, y fue a Vaisali también. Llegó cubierta de polvo, con sus pies cortados e inflamados, y con lágrimas corriendo por sus mejillas. Le pidió a Ananda que se acercara al Buddha y volviera a preguntarle si ella podía ser ordenada. Y él nuevamente se rehusó. Ananda sintió pena por Maha Pajapati, y decidió interceder en su nombre. Primero le preguntó al Buddha si las mujeres tenían el mismo potencial espiritual que los hombres. El Buddha respondió: “Las mujeres, habiendo dejado la vida de hogar y llevando la vida de mendicantes en el Dhamma y la disciplina enseñada por el Tattagatha, pueden realizar los frutos del que Entra en la Corriente, del que Vuelve Una Vez, del que No Vuelve, y del Arhat”. Entonces Ananda le pidió al Buddha que considerara de cuánta ayuda había sido su madre adoptiva para él. “Señor, si las mujeres pueden realizar los mismos estados que el hombre, y como Maha Pajapati ha sido de gran ayuda para usted, ella es su tía, su madre adoptiva, su enfermera, ella le dio leche y lo amamantó cuando su madre murió, por consiguiente, sería bueno si a las mujeres se les permitiera abandonar el hogar y llevar la vida de mendicantes en el Dhamma y la disciplina enseñada por el Tattagatha”.

44. El Buddha finalmente consintió, pero estableció que las monjas deberían vivir según ciertas reglas. Las reglas especiales para las monjas eran: 1. En asuntos de respeto y deferencia, un monje siempre tenía prioridad sobre una monja; 2. Una monja debía pasar los retiros de la estación lluviosa en un lugar separado de los monjes; 3. Las monjas debían preguntar a los monjes la fecha para celebrar el *Uposatha* y las enseñanzas del Dhamma; 4. Cuando una monja cometía un error, debía confesarse ante la asamblea de monjes y monjas; 5. Una monja que violara una regla importante debía someterse a un castigo ante los monjes y las monjas; 6. Una monja debía ordenarse bajo una asamblea de monjes y monjas; 7. Una monja no debía abusar ni ultrajar a un monje; 8. Una monja no debía enseñar a un monje. Maha Pajapati aceptó estas reglas extra, y así fue inaugurada la Orden de Monjas (*bhikkhuni sangha*).

45. Sin embargo, parece que el Buddha había pensado que con hombres y mujeres juntos, mantener el celibato (*brahmacariya*), un



aspecto importante de la vida monástica, sería difícil. Más tarde dijo que ahora que había monjes y monjas, una orden célibe sólo duraría quinientos años. Bastante interesantemente, su predicción fue muy certera. Por el siglo 7 d.C., ciertos grupos de monjes estaban comenzando a casarse, una tendencia que junto a otras circunstancias llevó finalmente a la decadencia del Buddhismo en India. Afortunadamente, en la mayoría de los países Buddhistas, los monjes y las monjas siguen practicando el celibato y manteniendo los valores originales de la vida monástica.





Los dos discípulos principales

46. Las dos personas que iban a convertirse en los principales discípulos del Buddha habían nacido el mismo día en aldeas adyacentes, al norte de Rajagaha. El primero se llamaba Moggallana, y el segundo Upatissa, aunque siempre fue llamado Sariputta, "hijo de Sari", ya que Sari era el nombre de su madre. Los dos niños crecieron juntos y se hicieron amigos íntimos. Cuando llegaron a la juventud, un día fueron a un festival en Rajagaha, y mientras estaban sentados observando una representación teatral, los dos fueron dominados por un fuerte sentido de la impermanencia de la vida, como resultado de lo cual ambos decidieron renunciar al mundo. Uno de los más conocidos maestros espirituales era Sanjaya Belatthiputta, y los dos jóvenes se hicieron discípulos de él. Sanjaya era famoso por sus evasivas en responder a las preguntas, y sus rivales se referían a él como una anguila serpenteante (*amaravikkhepikas*).

47. Moggallana y Sariputta permanecieron con Sanjaya durante algunos años, llevando la vida de ascetas errantes, pero realmente no estaban satisfechos con lo que estaban aprendiendo de su maestro. Después de un tiempo decidieron separarse, para ir cada uno por su propio camino en busca de la verdad, prometiéndose que el primero que la encontrara debería contarle al otro. Un día, mientras Sariputta estaba caminando por Rajagaha, vio a un monje y quedó profundamente impresionado por la gracia y la serenidad con que se movía, y la calma expresión de felicidad en su rostro. El monje era Assaji, uno de los discípulos del Buddha. Sariputta le preguntó: "¿Quién es tu maestro?", y Assaji respondió: "Amigo, hay un gran asceta, un hijo de los Sakyas, que abandonó al clan Sakya. Es a causa de este Señor que he abandonado el hogar. Este Señor es mi maestro, yo acepto el Dhamma de este Señor". Sariputta preguntó: "¿Qué doctrina enseña tu maestro, hacia qué apunta?" Assaji respondió: "Amigo, soy un principiante, recién acabo de abandonar la vida de hogar, soy nuevo en este Dhamma y disciplina. No puedo enseñar plenamente el Dhamma, pero te contaré su esencia". Sariputta le dijo: "Así sea, venerable, dígame poco o dígame mucho, pero de cualquier modo déme su esencia, sólo quiero la esencia. No es necesaria una gran elaboración". Entonces Assaji dijo: "Aquellas cosas que proceden de una causa, de esas cosas el Tatagatha ha dicho la causa. Y de lo que es su cesación, de eso el gran recluso también tiene una doctrina".

48. Cuando Sariputta escuchó esto, se convirtió en uno que Entra en la Corriente, y se marchó para encontrar a su amigo Moggallana. Cuando se encontraron, Moggallana pudo ver directamente que algo



maravilloso le había sucedido a su amigo. “Amigo, tus facultades son bastante puras y tu complexión es clara y brillante. ¿Puede ser que hayas logrado lo Inmortal?” “Sí, amigo, he logrado lo inmortal”, respondió Sariputta. Le contó a su amigo cómo había sucedido y los dos decidieron buscar al Buddha para poder escuchar más sobre el Dhamma de sus propios labios. Pero Moggallana, cuya compasión lo llevaba frecuentemente a pensar en el bienestar de los demás antes que en el suyo propio, sugirió que primero fueran a ver a Sanjaya y sus discípulos para decirles lo que habían descubierto, seguros de que ellos darían la bienvenida a las novedades. Pero cuando le contaron a Sanjaya que querían ser discípulos del Buddha, él no se mostró para nada feliz, y quiso hacer que cambien de idea. De hecho, estaba tan preocupado con la posibilidad de perder a dos discípulos bien conocidos en manos de alguien que él consideraba un rival, que incluso les ofreció hacerlos sus asistentes si se quedaban con él. Sariputta y Moggallana rechazaron esa oferta y se fueron a buscar al Buddha junto a casi todos los 250 discípulos de Sanjaya. Apenas el Buddha vio a los dos jóvenes ascetas llegando a la cabeza de sus seguidores, supo que se convertirían en los dos discípulos más capaces y confiables. Moggallana se iluminó siete días después de su ordenación, y Sariputta dos semanas después.

49. Las habilidades y la disposición de Sariputta y Moggallana eran tales que desarrollaron varias facultades diferentes. De todos los discípulos del Buddha, Sariputta era el más capacitado para comprender y explicar el Dhamma, y de este modo era el segundo después del mismo Buddha. Una vez el Buddha le dijo: “Eres sabio, Sariputta, grande y amplia es tu sabiduría, rápida y gozosa es tu sabiduría, aguda y analítica es tu sabiduría. Así como el hijo mayor de un Monarca Universal gobierna correctamente como lo hizo su padre, del mismo modo girarás la rueda del Dhamma como yo lo he hecho”. Tal consideración tenía el Buddha hacia Sariputta que le confirió el título de General del Dhamma (*Dhammasenapati*). En uno de sus discursos, Sariputta habló sobre las cualidades necesarias para enseñar el Dhamma y podemos asumir con certeza que él enfatizaba esas mismas cualidades cuando estaba enseñando. “Cuando alguien que enseña desea enseñarle a otro, dejen que establezca bien cinco cosas, y que después enseñe. ¿Cuáles cinco? Que piense: `hablaré en el momento correcto y no en el momento inoportuno. Hablaré sobre lo que, y no sobre lo que no es. Hablaré con suavidad, y no con rudeza. Hablaré sobre la meta, y no sobre lo que no es la meta. Hablaré con una mente llena de amor, y no con una mente llena de mala voluntad`. Cuando alguien que enseña desea enseñarle a otros, permitan que establezca bien estas cinco cosas”.

50. Aunque Sariputta era un maestro de Dhamma eficaz y entusiasta, él también sabía que mientras que la gente puede ser ayudada por medio de las enseñanzas del Dhamma, a veces también



necesita ayuda práctica, material. Y de este modo siempre estaba dispuesto a dar una mano. Una vez, Yashodara se enfermó a causa del viento y su hijo Rahula intentó conseguir una medicina para ella. Él consultó con Sariputta, quien por su experiencia en el cuidado de enfermos sabía exactamente cuál era la medicina más apropiada, y luego fueron a buscarla. Junto a Rahula administró la medicina a Yashodara que pronto se recuperó. Mientras que siempre estaba listo para visitar a los enfermos con el fin de darles ayuda y alivio, también tenía una preocupación particular por los s y los solitarios, a quienes siempre favorecía, antes que a los ricos e influyentes. En una ocasión, una gran cantidad de gente estaba llegando al monasterio donde el Buddha residía, para invitar al Buddha y sus monjes a comer a sus casas. La gente estaba muy ansiosa por tener como invitados a los monjes más renombrados, y esos monjes estaban particularmente felices de ir a las casas de los ricos, sabiendo que allí habría buena comida. Todos los monjes menos Sariputta habían aceptado invitaciones, cuando apareció una mujer muy pobre y preguntó si algún monje quería ir a su casa. El asistente del monasterio le informó que todos los monjes, menos Sariputta, se habían ido. Creyendo que un monje tan eminente no desearía aceptar de ella una humilde comida, se sintió bastante desilusionada. Pero cuando el asistente le informó a Sariputta sobre la pobre mujer, él aceptó con felicidad ir a su casa, para el deleite de ella. Cuando el Rey Pasenadi escuchó que Sariputta iría a comer a la casa de una mujer muy pobre, le envió a ella una gran cantidad de dinero, más que suficiente para alimentar a Sariputta, del cual le quedaba a la mujer una buena cantidad como para vivir confortablemente el resto de su vida.

51. Después de Sariputta, el Buddha consideraba a Moggallana como el discípulo más sabio y más altamente desarrollado. Según la tradición, él tenía una complexión muy oscura, tan oscura como una nube de lluvia. La facultad más desarrollada de Moggallana no era la sabiduría sino los poderes psíquicos (*iddhi*). Cuando, como resultado de la meditación, la mente está “concentrada, purificada, limpia, inmaculada, libre de impurezas, maleable, laborable, y firme”, a veces se hace capaz de habilidades extraordinarias. Algunos de los poderes psíquicos que los monjes Buddhistas desarrollaban ocasionalmente eran la habilidad de cambiar su apariencia, sentir lo que estaba pasando a una gran distancia, leer la mente de los demás y abandonar el cuerpo.

52. El Buddha sabía que la demostración de los poderes psíquicos podía tener cierto efecto sobre la gente, y no siempre un efecto positivo. Aquellos que exhibían tales poderes podían ser corrompidos por la adulación que recibían, mientras que quienes los presenciaban frecuentemente daban una devoción impensada a quienes los tenían. Él también criticaba el uso de los poderes con el fin de convertir a la



gente. Una vez, cuando el Buddha estaba en Nalanda, uno de sus discípulos le dijo: "Señor, Nalanda es rica, prospera, poblada, llena de gente que tiene fe en usted. Sería bueno si usted hiciera que un monje realizara milagros y hechos extraordinarios. De este modo Nalanda llegaría a tener más fe aun. El Buddha rechazó esta solicitud porque él quería que la gente siguiera el Dhamma por su comprensión, no por haber sido impresionados por milagros y hechos psíquicos.

53. Una vez, un comerciante rico colocó un cuenco de sándalo sobre la punta de una larga caña de bambú, que puso en el mercado de Rajagaha. Entonces hizo saber a todo el mundo que cualquier monje que pudiera elevarse en el aire y quitar el cuenco, sería su dueño. Poco después, Moggallana y Pindola Bharadvaja fueron a Rajagaha, y cuando el comerciante los vio, les dijo: "Ustedes dos tienen poderes psíquicos. Si quitan el cuenco, es de ustedes. Entonces Pindola se elevó en el aire y descendió con el cuenco, para la inmensa admiración de la gran multitud que se había reunido a mirar. Luego el comerciante llevó a Pindola a su casa y llenó el cuenco de sándalo de comida costosa. Después de esto, dondequiera que fuera Pindola, multitudes de gente ruidosa, excitada, lo seguían. Cuando el Buddha escuchó sobre esto, llamó a Pindola y lo reprendió: "No es justo, no es apropiado, no es correcto, no es digno de un monje, no es aceptable, no debería ser hecho. ¿Cómo pudiste, por un miserable cuenco de comida, exhibir una de las condiciones de una persona desarrollada ante esos dueños de casa? Es exactamente igual que una mujerzuela que muestra su ropa interior por unas miserables monedas". Como resultado de este incidente, el Buddha estableció una regla por la que se consideraba una ofensa la exhibición innecesaria de poderes psíquicos por parte de los monjes. Sin embargo él también comprendía que los poderes psíquicos podía a veces ser bien empleados. En otra ocasión, unos ladrones atacaron una casa y secuestraron a dos niños. Cuando el monje Pilindavaccha se enteró, usó sus poderes psíquicos para rescatar a los niños. Cuando los otros monjes lo acusaron de violar una regla, el Buddha lo declaró inocente de toda ofensa porque había usado sus poderes por compasión.

54. Moggallana, del mismo modo, usaba sus poderes psíquicos frecuentemente sólo para ayudar a la gente. Una vez, cuando estaba con el Buddha en el último piso de la residencia de Migaramata, un grupo de monjes de la planta baja estaba charlando y haciendo mucho ruido. El Buddha los describió como "frívolos, cabeza hueca, agitados, de habla ruda e inútil, carentes de concentración, inestables, sin compostura, con mentes volátiles y con los sentidos descontrolados", y urgió a Moggallana a darles una "buena conmoción". Así que usando el dedo gordo de su pie, hizo que toda la casa, grande como era, temblara y se sacudiera. Creyendo que la



casa estaba por colapsar, y gritando de miedo, los monjes salieron corriendo. Entonces el Buddha se les acercó y les dijo que, a su pedido, Moggallana había hecho temblar la casa usando sus poderes psíquicos, que había desarrollado por medio de la meditación diligente, y que ellos, del mismo modo, debían dedicar el tiempo a meditar en lugar de complacerse en la charla ociosa. Pero como el mismo Buddha, Moggallana ayudaba a la gente más frecuentemente enseñándoles el Dhamma, y el Tipitaka preserva muchos de los discursos que él ofreció a los monjes, monjas, laicos y laicas.

55. Tanto Sariputta como Moggallana murieron antes que su maestro, el Buddha. Cuando Sariputta comprendió que su fin estaba cerca, dejó al Buddha y se marchó hacia la aldea donde había nacido. A pesar de tener un hijo espiritualmente desarrollado, la madre de Sariputta no tenía fe en el Dhamma, y Sariputta deseaba recompensar a su madre por haberlo criado, ayudándola a comprender las enseñanzas del Buddha. Hizo que un monje se le adelantara para avisar a su madre que él estaba llegando a casa. Ella se deleitó, creyendo que finalmente su hijo había abandonado los hábitos y regresaba a la vida de laico. Cuando él llegó y ella se dio cuenta de que aun era un monje, se encerró en su habitación de muy mal humor. La salud de Sariputta comenzó a deteriorarse rápidamente, y mientras yacía en su cama llegaron numerosos devas a rendirle homenaje. Cuando la madre de Sariputta vio a todos aquellos seres celestiales, comenzó a comprender cuán virtuoso y santo era su hijo, y fue a verlo en su lecho de muerte. Sariputta le explicó el Dhamma, y ella se volvió alguien que Entra en la Corriente. Él llamó luego a todos los demás monjes que lo habían acompañado y les preguntó que si a lo largo de los últimos cuarenta años él los había ofendido, lo perdonarían. Todos ellos le aseguraron que no había nada que perdonar y momentos después Sariputta logró el Nirvana final.

56. Moggallana murió sólo dos semanas después. Durante mucho tiempo él había afirmado que conocía por adelantado los destinos de quienes habían muerto antes, y que los ascetas Jaina renacían generalmente en los reinos inferiores. Moggallana era muy respetado, sus poderes psíquicos eran bien conocidos, y la gente creía lo que él decía sobre los Jainas. Alarmado por su influencia, un grupo de ascetas Jainas inescrupulosos decidió matarlo. Contrataron a algunos de malhechores que rodearon la casa donde estaba Mogallana, pero cuando él advirtió su presencia, se escapó por el agujero de la cerradura. Esto ocurrió varias veces hasta que finalmente los malhechores lo atraparon, golpeándolo duramente y lo abandonaron dándolo por muerto. Apenas vivo, fue tambaleando hacia donde estaba el Buddha, le rindió sus últimos respetos, y luego murió. La leyenda dice que Moggallana murió así porque en una vida anterior él



había matado a sus padres instigado por su mujer, celosa por la atención que él les brindaba.



Ananda, el hombre que le gustaba a todo el mundo

57. El Buddha siempre estaba acompañado por un asistente cuyo trabajo era transmitirle los mensajes, preparar su asiento y atender a sus necesidades personales. Durante los primeros veinte años de su ministerio, el Buddha tuvo varios asistentes, Nagasamala, Upavana, Cunda, Radha, y otros, pero ninguno de ellos demostró ser satisfactorio. Un día, cuando el Buddha decidió reemplazar a su asistente actual, convocó a todos los monjes y les dijo: "Ahora me estoy volviendo viejo, y deseo tener a alguien como asistente permanente, que obedezca mis deseos en todo sentido. ¿A cuál de ustedes le gustaría ser mi asistente?" Todos los monjes ofrecieron sus servicios con entusiasmo, excepto Ananda, que se quedó detrás, modestamente sentado en silencio. Más tarde, cuando se le preguntó por qué no se había ofrecido, él respondió que el Buddha sabía mejor que nadie a quién elegir. Cuando el Buddha indicó que quería a Ananda como asistente personal, Ananda dijo que aceptaría el cargo, pero sólo bajo ciertas condiciones. Las primeras cuatro condiciones eran que el Buddha nunca debería darle a él ninguna de las comidas que recibía, ni ninguno de los mantos, que no debería dársele a él ningún alojamiento especial, y que él no debería acompañar al Buddha cuando aceptaba invitaciones a la casa de los laicos. Ananda insistió en que se cumplieran estas cuatro condiciones porque no quería que la gente creyera que él estaba sirviendo al Buddha por el deseo de alguna ganancia material. Las últimas cuatro condiciones estaban relacionadas con el deseo de Ananda de ayudar en la promoción del Dhamma. Esas condiciones eran: que si era invitado a una comida, él podría transferir la invitación al Buddha; que si la gente venía de áreas lejanas, él tendría el privilegio de presentarlos; que si tenía alguna duda sobre el Dhamma, él podría hablarle al Buddha sobre las mismas en cualquier momento, y que si el Buddha ofrecía un discurso en su ausencia, lo repetiría más tarde en su presencia. El Buddha aceptó sonriente y así comenzó una relación entre los dos hombres que iba a durar los siguientes veinticinco años.

58. Ananda había nacido en Kapilavatthu y era primo del Buddha, siendo hijo de Amitodana, el hermano del padre del Buddha, Suddhodhana. Fue durante el primer viaje de regreso del Buddha a Kapilavatthu, después de su iluminación, cuando Ananda, junto a su hermano Anuruddha y su primo Devadatta, se hizo monje. Demostró ser un estudiante diligente y voluntarioso, y en un año se volvió uno que Entra en la Corriente. La vida de monje le dio gran felicidad a Ananda, y su naturaleza tranquila, humilde, hizo que pasara inadvertido por los demás hasta que fuera seleccionado para ser el asistente personal del Buddha. Mientras que algunas personas desarrollaban las cualidades que llevan a la iluminación mediante la



meditación y el estudio, Ananda lo hacía por medio del amor y la preocupación por los demás. Justo antes del Nirvana final del Buddha, Ananda comenzó a llorar, diciéndose: “Ay, aun soy un aprendiz que tiene mucho por hacer todavía. Y el maestro se está muriendo, él que fue tan compasivo conmigo”. El Buddha llamó a Ananda y le reconfirmó que él ya había desarrollado su mente hasta un nivel muy elevado, por medio de su generosidad y amor, y que si sólo hacía un poco más de esfuerzo, él también podría lograr la iluminación.

“Suficiente, Ananda, no llores ni te lamentes. ¿No te he dicho ya que todas las cosas que son placenteras y deleitables también son cambiantes, están sujetas a la separación y a la impermanencia? Entonces, ¿cómo podrían no desaparecer? Ananda, durante largo tiempo has estado ante mi presencia, demostrando compasión con el cuerpo, el habla y la mente, servicialmente, santamente, de todo corazón, y sin mezquindad. Has hecho mucho mérito, Ananda. Haz un esfuerzo y muy pronto estarás libre de toda corrupción.”.

59. La generosidad de Ananda se expresaba de tres modos: a través de su servicio al Buddha, por medio de su ilimitada compasión por sus condiscípulos, tanto monjes como laicos, y también hacia las generaciones futuras por medio del rol crucial que tuvo en la preservación y la transmisión del Dhamma.

60. Como asistente personal del Buddha, Ananda se esforzaba por liberar al Buddha de tantas actividades mundanas como le fuera posible, así el Buddha podía concentrarse en enseñar el Dhamma y ayudar a la gente. Con ese fin, Ananda lavaba y remedaba los mantos del Buddha, aseaba su habitación, lavaba sus pies, masajeaba su espalda, y cuando estaba meditando o enseñando se mantenía detrás del Buddha para mantenerlo fresco con un abanico. Dormía cerca del Buddha, de modo de estar siempre a mano y acompañarlo cuando hacía sus rondas por los monasterios. Convocaba a los monjes que el Buddha quería ver, y alejaba a la gente cuando el Buddha quería descansar o estar solo. En su rol como sirviente, secretario o intermediario y confidente, Ananda era siempre paciente, incansable y discreto, anticipándose habitualmente a las necesidades del Buddha.

61. Aunque el trabajo principal de Ananda era cuidar de las necesidades del Buddha, siempre tenía tiempo para servir a otros también. Frecuentemente ofrecía charlas sobre el Dhamma, y de hecho era un maestro tan hábil que a veces el Buddha le pedía que diera una charla en su lugar o que terminara una charla que él había comenzado. Se cuenta que cuando el Buddha tomaba su descanso después de almorzar, Ananda aprovechaba el tiempo libre para ir a visitar a los que estaban enfermos, para hablarles, levantarles el



ánimo o intentar darles medicinas. Una vez escuchó sobre una familia muy pobre que estaba luchando para criar a sus hijos. Sabiendo que los niños enfrentaban un futuro áspero, y sintiendo que debía hacerse algo para ayudarlos, Ananda pidió permiso al Buddha para ordenarlos, dándoles así una oportunidad de cambiar sus vidas.

62. La vida en la sangha no siempre era fácil para las monjas. La mayoría de los monjes se mantenían lejos de ellas, no queriendo ser tentados. Algunos incluso las discriminaban. Ananda, por otro lado, siempre estaba listo para ayudarlas. Fue él quien alentó al Buddha a ordenar a las primeras monjas, él siempre estaba dispuesto a ofrecer charlas sobre el Dhamma a las monjas y a las laicas, y las alentaba en su práctica, y ellas a su vez frecuentemente lo buscaban por su simpatía hacia ellas.

63. El Buddha dijo una vez que de todos sus discípulos, Ananda era preeminente de aquellos que habían escuchado mucho Dhamma, que tenía buena memoria, que había dominado el orden secuencial de lo que había recordado, y que era enérgico. El Buddha no podía escribir, de hecho, aunque la escritura era conocida en la época, era poco usada. Tanto durante su vida como durante varios siglos después de su Nirvana final, sus palabras fueron aprendidas de memoria y transmitidas de persona a persona. La memoria altamente desarrollada de Ananda, más el hecho de que estaba constantemente junto al Buddha, hizo que él, más que cualquier otra persona, fuera responsable de la preservación y la transmisión de las enseñanzas del Buddha. Pero esto no significa que Ananda recordara las palabras del Buddha literalmente, eso no hubiera sido posible ni necesario, ya que la comprensión del Dhamma no depende del orden de las palabras y las oraciones, sino de la comprensión del sentido de las palabras. En cambio, Ananda recordaba la esencia de lo que el Buddha había dicho, a quién se lo había dicho, frases particularmente importantes o prominentes, símiles y parábolas que se usaban y también la secuencia en que todas las ideas estaban presentadas. Ananda repetía lo que había escuchado y se lo recordaba a los demás, y gradualmente se desarrolló un gran cuerpo de enseñanzas orales. Esto significó que la gente que estaba lejos de la presencia del Buddha podía escuchar sus enseñanzas sin la ayuda de libros o la necesidad de hacer largos viajes.

64. Después del Nirvana final del Buddha, quinientos monjes convinieron un concilio en **Rajagaha** con el propósito de recolectar las enseñanzas del Buddha y de aprenderlas de memoria para que pudieran ser transmitidas a las generaciones futuras. Como él conocía tanto Dhamma, era necesario que Ananda estuviera presente, pero aun no estaba iluminado. Ahora que ya no tenía que cuidar de las necesidades personales del Buddha, tenía más tiempo para meditar, y así comenzó a practicar con una diligencia excepcional, esperando



poder iluminarse antes de que comenzara el concilio. Mientras el tiempo del concilio se acercaba, él practicaba más y más fuerte. Durante la tarde antes del concilio se sentó a meditar, convencido de que no podría iluminarse antes de la mañana siguiente. Entonces renunció y decidió acostarse y dormir. En el momento en que su cabeza tocó la almohada, se iluminó. Ananda recibió una cálida bienvenida en el concilio al día siguiente y durante los meses siguientes recitó miles de discursos que había escuchado, comenzando cada recitación con las palabras: “así he oído” (*evam me sutam*). Por sus enormes contribuciones a la preservación del Dhamma, Ananda fue conocido a veces como “el guardián del almacén del Dhamma” (*Dhammabhandagarika*). Por sus cualidades de amabilidad, paciencia y utilidad, Ananda era una de esas raras personas que parecían poder llevarse bien con todos y que le gustaba a todos. Justo antes de su Nirvana final, el Buddha elogió a Ananda ante los monjes, agradeciéndole por sus años de amistad y servicio leal y amoroso. “Monjes, todos los que han sido Buddhas iluminados en el pasado han tenido un asistente principal como Ananda, como lo tendrán todos aquellos que sean Buddhas plenamente iluminados en el futuro. Ananda es sabio. Sabe cuándo es el momento correcto para que vengan a verme los monjes, monjas laicos y laicas, reyes, ministros, los líderes de otras sectas o sus discípulos. Ananda tiene cuatro cualidades destacables y maravillosas. ¿Cuáles son? Si una compañía de monjes viene a ver a Ananda, ellos se complacen de verlo, y cuando él les enseña el Dhamma ellos se complacen, y cuando él termina ellos se desilusionan. Y lo mismo ocurre con las monjas, laicos y laicas.

65. No se sabe cuándo ni dónde murió **Ananda**, pero según la tradición vivió hasta una edad muy avanzada. Cuando Fa Hsien, el famoso peregrino chino, visitó India en el siglo 5 d.C., dijo haber visto una stupa conteniendo las cenizas de Ananda, y que las monjas en particular tenían una gran estima por su memoria.



El asesino que se convirtió en santo

66. El capellán del Rey Pasenadi era un brahmán bien educado pero muy supersticioso, llamado Bhagavva Gagga. Su trabajo era hacer los horóscopos, aconsejar sobre la mejor época para comenzar proyectos, y proteger de las malas influencias con mantras y encantamientos. Estuvo muy feliz cuando su mujer dio a luz a un niño, pero cuando se realizó su horóscopo, su alegría se convirtió en temor. El horóscopo indicaba que el niño crecería con tendencias criminales. Lleno de temor supersticioso, los padres decidieron llamar al niño Ahimsaka, "sin daño", con la esperanza de que esto podría contrarrestar la influencia de los astros. El niño se convirtió en un joven distinguido, bueno en los estudios y obediente de sus padres. Pero para asegurarse de que el niño nunca se volviera malo, ellos le insistían constantemente sobre la importancia de obedecerles y hacer lo que se le decía. Finalmente, se fue de su casa hacia Taxila, para terminar sus estudios superiores. En aquellos días, los jóvenes brahmanes iban a Taxila y vivían en la casa de un brahmán erudito para aprender la cultura tradicional y al regreso trabajar en su casa. La relación sería como la de un padre con su hijo. Ahimsaka era un estudiante particularmente obediente que se granjeó la atención especial de su maestro, pero eso también creaba celos en los otros estudiantes. Ellos intentaron que el maestro se volviera contra Ahimsaka. Según el plan, uno a uno iría con el maestro y le comentarían que su discípulo estaba tratando de usurpar su posición. Al comienzo el maestro despreció esto como un sinsentido, pero gradualmente se sembraron las semillas de la duda, y finalmente brotaron como sospecha, y el maestro se convenció de la hostilidad de Ahimsaka hacia él. "Este joven es fuerte en cuerpo y bastante capaz de hacerme daño. Debo librarme de él y asegurarme de que no vuelva jamás", pensó. Un día, el maestro llamó a Ahimsaka y le dijo: "Has terminado tus estudios, ahora debes pagarme mis honorarios". "Seguro, ¿cuánto pides por tus honorarios?" "Debes traerme mil dedos índice de manos humanas". "Seguramente no me está pidiendo eso", respondió horrorizado Ahimsaka. "Has tomado de mí, y ahora debes hacer lo que te pido. Ahora ve, y trae mil dedos". La esperanza del maestro era, por supuesto, que en el proceso de llevar a cabo esta tarea Ahimsaka sería asesinado y no volvería a verlo jamás.

67. El infeliz estudiante regresó a Kosala y se fue a vivir al bosque Jalani, donde con renuencia primero, y luego sin escrúpulos, comenzó a acechar a los viajeros solitarios, a matarlos, a cortarles uno de sus dedos y a vivir de las posesiones que les había robado. Al comienzo colgaba los dedos de un árbol donde los pájaros picoteaban la carne, después de lo cual los huesos caían al suelo y se dispersaban. Así que después de algún tiempo, Ahimsaka comenzó a enhebrar los dedos



en una cuerda que se colgaba del cuello. Esto le daba una apariencia terrible, y el por entonces notorio y temido asesino llegó a ser conocido como Angulimala (Collar de dedos). Finalmente, por medio del asesinato, y tal vez cortando los dedos de cadáveres que no eran cremados en la antigua India, sino abandonados en campos, Angulimala había acumulado 999 dedos.

68. Sus padres llegaron a enterarse de que el asesino de quien todos hablaban era su propio hijo. Turbado y avergonzado, el viejo brahmán desheredó a su hijo. Su madre no podía hacerle eso a su hijo, y planeó ir hasta el bosque en el que se sabía que operaba su hijo e intentar hablarle. Justo cuando parecía que Angulimala iba a matar a su propia madre, entró en contacto con el Buddha.

69. Cuando el Buddha escuchó sobre Angulimala, se fue de Jetavana tranquilamente y se estableció en el bosque Jalani, a unos cuarenta kilómetros de distancia. Mientras el Buddha caminaba por el sendero, lo pasaban grupos de viajeros que le advertían que no siguiera solo por el peligro. Él simplemente sonreía y seguía su camino. Cuando Angulimala vio al Buddha, fue el más sorprendido: "Esto es hermoso de hecho. Normalmente sólo pasan por este camino grupos de veinte, treinta, o cuarenta viajeros, y aquí hay un asceta viajando solo. Lo mataré". Tomando su espada y su escudo, Angulimala salió de la jungla y comenzó a perseguir al Buddha, pero aunque corría lo más rápido que podía, no lograba atrapar al Buddha, que sólo caminaba. Intentó aumentar la velocidad, pero aun así no podía acercarse al Buddha. Completamente confundido, Angulimala ordenó. "¡Quédate quieto, asceta!" El Buddha se volvió y lo miró, respondiendo: "Estoy quieto. ¿Por qué no te quedas quieto tu también?" Aun más confundido, Angulimala preguntó: "¿Qué quieres decir, asceta?" El Buddha dijo: "Yo estoy quieto ya que no mato a ningún ser vivo. Tú matas, y por lo tanto no estás quieto".

70. Las cosas terribles que había hecho y la miseria de su vida lo hicieron reflexionar y romper en llanto. Arrojó sus armas, se inclinó ante los pies del Buddha y solicitó ser ordenado monje. El Buddha lo ordenó y fueron juntos hacia Savatthi. Unos días después, mientras el Buddha y Angulimala estaban sentados en Jetavana, llegó de visita el Rey Pasenadi con una comitiva de soldados fuertemente armados. "¿Adónde vas, Oh Rey?" preguntó el Buddha. "¿Hay alguna disputa limítrofe con Magadha?" "No Señor, dijo el Rey, hay un asesino terrible operando en el reino. A causa de él, las personas que viven en las áreas rurales están empacando sus pertenencias, abandonando sus aldeas, y yendo hacia la seguridad de la ciudad. Ahora los ciudadanos me han pedido que me libre de él y he salido a buscarlo". El Buddha le preguntó: "Si oyes que este asesino ha abandonado su vida terrible y se ha hecho monje, ¿qué harías, Oh Rey?" El Rey dijo: "Supongo que me inclinaría ante él y lo trataría como a cualquier otro



monje. ¿Pero es posible algo así, Señor?” El Buddha estiró su brazo y dijo: “Este, Oh Rey, es Angulimala”. El Rey retrocedió atemorizado, pero el Buddha le reaseguró: “No tema, Oh Rey. No hay necesidad de alarmarse”. El Rey se acercó más, miró cuidadosamente, y preguntó: “¿Realmente este es Angulimala, Señor?” “Sí, Oh Rey”. Entonces el Buddha se dirigió a Angulimala: “¿Cómo se llama tu padre? ¿A qué clan pertenece tu madre?” “Mi padre es Gagga y mi madre es Mantani”. “Entonces deben estar de buen ánimo. Si necesitas algo haré un esfuerzo para proveértelo”, dijo el Rey nerviosamente. “Gracias, señor, pero tengo suficientes mantos”, respondió Angulimala. El Rey Pasenadi se sentó cerca del Buddha y dijo: “Señor, es realmente maravilloso que usted pueda pacificar sin palos ni espadas a quienes yo no puedo pacificar sin palos ni espadas”. El Buddha sonrió.

71. Angulimala llevó una vida simple y solitaria, y bajo la guía del Buddha logró finalmente la iluminación. Pero aun entonces, había muchos que recordaban su pasado terrible y la gente lo evitaba. Frecuentemente, regresaba de su ronda de limosnas sin comida y a veces la gente le tiraba piedras. Una vez regresó de su ronda de limosnas con sangre y cortes por todo el cuerpo, habiendo sido atacado por una turba. El Buddha lo consoló diciendo: “Debes soportar esto, Angulimala, debes soportarlo silenciosamente. Esto es el resultado de los actos que cometiste previamente”.





Anathapindika, el alimentador de los pobres

72. En el siglo V antes de Cristo, el comercio y los negocios estaban muy desarrollados en la India. Las caravanas viajaban de una ciudad a otra y las casas financieras daban dinero a crédito. Si una persona tenía habilidades y estaba dispuesta a arriesgar, era bastante posible hacer mucho dinero y eventualmente volverse millonario (*setthi*). Uno de los discípulos laicos más famosos del Buddha era uno de esos hombres. Se llamaba Sudatta, pero como siempre estaba dispuesto a darles a los hambrientos, los sin hogar o los desposeídos, era conocido por todos como Anathapindika, que significa “el que alimenta a los pobres”.

73. Anathapindika vivía en Savatthi pero viajaba mucho por sus negocios, y un día mientras estaba en Rajagaha fue a visitar a su cuñado. El hombre estaba tan ocupado en la preparación de una fiesta que Anathapindika no tuvo la cálida bienvenida que era usual. “¿Qué gran ocasión es esta?”, preguntó Anathapindika a su cuñado. “¿Estás preparándote para una gran boda o quizás para la visita de un rey?” “No”, respondió su cuñado, “el Buddha y sus monjes están viniendo para una comida mañana”. Sólo escuchar la palabra “Buddha” llenó a Anathapindika de tal gozo que apenas pudo contenerse. “¿Quieres decir que un ser plenamente iluminado ha surgido en el mundo? ¡Qué maravilla! Llévame a conocerlo”. Anathapindika quería ir directamente pero fue persuadido de que ya era demasiado tarde y de que sería mejor hacerlo la mañana siguiente. Esa noche Anathapindika estaba tan excitado que apenas pudo dormir y se levantó varias veces creyendo que ya era el amanecer. Finalmente, pensando que el sol saldría pronto, Anathapindika salió para encontrarse con el Buddha, pero a medida que entraba en los suburbios de la ciudad, y aun estaba oscuro, sintió temor y decidió regresar. Súbitamente, un espíritu amistoso apareció iluminando todo el lugar y urgiéndolo a continuar. “Camina, amigo, avanzar es mejor para ti que regresar”. Alentado por esas palabras, Anathapindika continuó y pronto se cruzó con el Buddha que estaba caminando a la luz del alba. El Buddha vio a Anathapindika dudando en acercarse y lo llamó haciéndole señas. “Avanza, Sudatta”. Sorprendido de que el Buddha supiera su verdadero nombre e intimidado por la presencia del gran hombre, Anathapindika se acercó apresuradamente y se inclinó ante los pies del Buddha. Los dos hombres hablaron durante un tiempo, y mientras amanecía, Anathapindika comprendió la esencia del Dhamma y se convirtió en uno que Entra en la Corriente. Anathapindika luego le preguntó al Buddha si podía ofrecerle una comida al día siguiente, y el Buddha aceptó. Durante todo el día pensó lo maravilloso que sería si el Buddha



podría ir a Savatthi y cuánta gente podría beneficiarse de su visita. Por consiguiente, al día siguiente, después de que el Buddha terminara de comer, Anathapindika le preguntó si visitaría Savatthi. El Buddha pensó durante un momento y luego respondió: “Los iluminados prefieren quedarse en lugares apacibles”, y Anathapindika respondió: “Comprendo totalmente, Señor”.

74. Cuando Anathapindika terminó sus negocios en Rajagaha, se dirigió a Savatthi, donde inmediatamente comenzó a hacer los preparativos para la llegada del Buddha. Primero, tenía que encontrar un lugar adecuado donde pudieran quedarse el Buddha y sus monjes, cerca de la ciudad pero no muy ruidoso. Se comprobó que el mejor lugar era un placentero parque a un kilómetro y medio de los muros de Savatthi, propiedad del Príncipe Jeta. Anathapindika se acercó al Príncipe Jeta y le preguntó si quería vender el parque. Él Príncipe rechazó la oferta. “Diga un precio” insistió Anathapindika, pero el Príncipe Jeta reiteró que no estaba interesado en la venta. “Le pagaré cualquier precio que usted diga”, dijo Anathapindika, y para librarse de él, el Príncipe dijo: “Muy bien, puede quedarse con el parque por lo que cueste cubrir la superficie con monedas de oro”. Para la sorpresa del Príncipe, Anathapindika aceptó con entusiasmo, y se fue directamente a buscar el dinero. Pronto llegó un vagón, lleno de monedas de oro, y los sirvientes comenzaron a esparcir las monedas sobre el suelo del parque. Cuando el Príncipe Jeta vio esto, comprendió cuán determinado estaba Anathapindika a comprar el parque y finalmente decidió aceptar una suma más razonable. Anathapindika luego gastó una gran suma de dinero en la construcción de habitaciones, salas de reunión, almacenes y pabellones, en el diseño de jardines y en la excavación de lagos donde el Príncipe Jeta ofreció construir una impresionante casa de guardias que guiaba hacia el parque y un muro a su alrededor para privacidad. En reconocimiento a los dos hombres que hicieron posible esto, el monasterio fue llamado Bosque de Jeta, Parque de Anathapindika, o para abreviar simplemente Bosque de Jeta (*Jetavana*).

75. Desde los sesenta años de edad, el Buddha pasó cada estación lluviosa excepto la última en Jetavana, y ofreció más discursos allí que en cualquier otro lugar. Los lugares favoritos del Buddha en Jetavana eran dos casitas, la Kosambakuti y la Gandhakuti. La Gandhakuti (Cabaña del aroma), tomó su nombre porque las flores que la gente traía constantemente como ofrenda al Buddha daban una fragancia placentera a la casa. La Gandhakuti tenía un salón para sentarse, dormitorio y baño, y una escalera hacia arriba donde el Buddha acostumbraba a pararse por las tardes para dirigirse a los monjes. Una de las tareas de Ananda era limpiar y



mantener libre de polvo a esta cabaña, quitar las flores marchitas y volver a colocar la cama y la silla en sus lugares apropiados. En 1863 fueron descubiertas las ruinas de Jetavana, y más tarde una investigación científica identificó las casas Gandhakuti y Kosambakuti, y demostró que Jetavana fue un centro de Buddhismo desde la época del Buddha hasta el siglo 13 d.C.

76. Aunque Anathapindika construyó el Jetavana, este no fue por cierto el límite de su generosidad. A lo largo de los años gastó grandes cantidades de dinero proveyendo de los cinco requisitos a los monjes, construyendo y manteniendo monasterios, y haciendo caridad en nombre del Buddhismo. Él comprendía que si la riqueza es usada con generosidad y compasión, puede ser un medio real para el desarrollo espiritual.

77. Pero Anathapindika no sólo era generoso con su riqueza, tenía también generosidad de espíritu. Cuando era joven tenía un amigo llamado Kalakanni, que significa “desafortunado”, y los dos niños acostumbran a hacer tortas de barro cuando jugaban. A medida que crecían, Anathapindika se hacía rico mientras que Kalakanni parecía estar plagado por una desgracia tras otra, y seguía siendo pobre. Esperando que su viejo amigo pudiera ayudarlo, un día Kalakanni fue a visitar a Anathapindika para preguntarle si podía ofrecerle un trabajo. Feliz de ayudar, Anathapindika le dio un trabajo como cuidador de la propiedad en una de sus casas. La familia de Anathapindika no estaba feliz de tener a Kalakanni en su hogar. “¿Cómo puedes emplear a este hombre? No es más que un abandonado. Nosotros somos una familia respetable mientras que él apenas es más que mendigo. Y además, escuchar el nombre Kalakanni todo el día en la casa puede traer mala suerte”. Anathapindika respondió: “Una persona no está hecha de su nombre. Los supersticiosos juzgan a la gente por su nombre pero los sabios los juzgan por la bondad de su corazón. No despediré a Kalakanni por su nombre o porque sea pobre. Hemos sido amigos desde que éramos niños”. La familia de Anathapindika estuvo en silencio pero todavía no estaba feliz. Un día Kalakanni tuvo que regresar a su aldea durante un tiempo, y cuando un grupo de ladrones escuchó que estaría fuera de la casa, estos decidieron que entrarían y robarían. Esa noche llegaron a la casa sin saber que la partida de Kalakanni había sido demorada. Él se despertó y escuchó a los ladrones hablando del otro lado de la ventana, y comprendiendo que eran varios y que estaban fuertemente armados, inmediatamente saltó, hablando fuerte, golpeando puertas, encendiendo lámparas en diferentes habitaciones y haciendo tanto ruido como pudo. Los ladrones creyeron que había una fiesta en la casa y huyeron. Cuando esto se supo, Anathapindika llamó a su familia, que ahora estaba muy agradecida a Kalakanni, y les dijo: “Si esta casa no hubiera estado



protegida por este sabio y leal amigo, hubiera sido saqueada. Si yo hubiera seguido el consejo de ustedes, hoy todos nosotros estaríamos en una posición diferente. No es el nombre o la riqueza lo que hace a una persona, sino su corazón". A Kalakanni se le dio un aumento y llegó a ser aceptado por la familia.

78. La gran riqueza de Anathapindika y su igualmente grande generosidad dieron impulso a muchos discursos del Buddha, algunos de ellos relacionados al tema del uso apropiado de la riqueza. Pero a veces se le recordaba a Anathapindika que lo importante no es la abundancia de regalos y que también hay algunas cosas más importantes que la generosidad, como el amor y la comprensión, por ejemplo. En el **Velama Sutta**, el Buddha le contó a Anathapindika sobre un hombre que una vez había dado abundantes regalos, pero como nadie se benefició realmente, sus regalos tuvieron muy poco efecto. "Si hubiera alimentado a cien personas que tuvieran la Visión Perfecta, hubiera tenido un efecto mayor. Si hubiera alimentado a cien de los que Regresan una Vez, el efecto hubiera sido aun mayor. Si hubiera alimentado a cien de los que No Regresan, el efecto hubiera sido aun más grande que el anterior. Si hubiera alimentado a cien Nobles, hubiera sido aun más grande que lo anterior. Alimentar a la totalidad de la Sangha con el Buddha como cabeza hubiera sido aun mucho mayor. Si hubiera construido un monasterio para el uso de la sangha, hubiera tenido un efecto aun mayor. Tomando refugio en el Buddha, el Dhamma y la Sangha, y manteniendo los preceptos, hubiera sido aun mayor. Mejor aun hubiera sido llenar su corazón con amor. Y lo mejor de todo hubiera sido desarrollar el pensamiento de amor aunque sólo fuera por un momento". Más tarde en la vida, Anathapindika se volvió bastante pobre debido a sus constantes donaciones y también debido a algunas malas decisiones de negocios. Finalmente, se enfermó, pero Ananda y Sariputta lo visitaban regularmente, consolándolo con charlas sobre el Dhamma. A lo largo de su historia, el Buddhismo ha sido asistido en su establecimiento y difusión por el apoyo generoso que ha recibido de comerciantes y hombres de negocio ricos, pero el primero y el más grande de todos fue Anathapindika.



Crisis en Kosambi

79. Kosambi era una gran ciudad rodeada de enormes muros, a orillas del Río Yamuna. Como estaba en el cruce de varias rutas, se había convertido en un centro de negocios y comercio. Tres de los comerciantes más ricos de la ciudad, Ghosita, Kukutta y Pavarika, eran también amigos íntimos, que se dedicaban a los negocios juntos, y tenían un interés común en la religión. Ghosita surgió de un origen humilde, para convertirse en tesorero del Rey Udena de Kosambi. Su madre era una prostituta que lo había arrojado en un basural cuando nació. Un transeúnte lo recogió, y se lo llevó al tesorero del Rey, que quería otro hijo. Llamado Ghosita, el joven creció y fue tratado como un miembro de la familia. Pero después de algunos años, la esposa del tesorero dio a luz a otro hijo, y súbitamente Ghosita dejó de ser querido. El tesorero encargó a un alfarero que matara al joven y que se deshiciera del cuerpo. Ghosita fue enviado a llevarle un mensaje al alfarero, donde decía que él era el que debía ser asesinado. En el camino, se encontró con su hermano adoptivo, y no queriendo hacer lo que él creía que era sólo una diligencia, le ofreció jugar a las canicas, y que el perdedor fuera a lo del alfarero. Ghosita ganó el juego y el otro joven llevó el mensaje y fue asesinado. Algún tiempo después, en otro intento para asesinarlo, Ghosita fue enviado a ver a uno de los recaudadores de impuestos más ricos del tesorero a una región remota, nuevamente con otra carta diciendo que el joven debía ser asesinado. En el camino Ghosita se detuvo a comer en la casa de un hombre rico y cuando la hija del hombre lo vio, inmediatamente se enamoró de él. Mientras hablaban, ella le pidió a Ghosita que le mostrara la carta que llevaba, y cuando la leyó y le explicó su contenido, Ghosita se sobresaltó. Juntos decidieron escribir otra letra diciendo que el recaudador de impuestos debía casar a los jóvenes, construirles una casa, y cuidarlos. Se marcharon juntos con la carta y cuando llegaron el recaudador la leyó y siguió las instrucciones. Ghosita y su joven esposa vivieron felices durante varios años, y un día escucharon que el tesorero estaba gravemente enfermo y era probable que muriera. La joven pareja partió hacia Kosambi para visitar al tesorero en su lecho de muerte. Cuando entraron a la habitación, el tesorero los vio, y con su última exhalación dijo: "No te permitiré que heredes mi fortuna". Sin embargo, sus palabras no habían sido claras y todos creyeron que dijo "te permitiré que heredes mi fortuna", con lo que Ghosita heredó parte de la fortuna. Con el dinero que recibió, comenzó a hacer negocios y se hizo muy rico, y debido a su habilidad con el dinero, finalmente fue nombrado tesorero.



80. Ghosita y sus amigos habían escuchado sobre el Buddha y un día, mientras estaba en Savatthi en viaje de negocios, fue a conocer al Buddha y lo invitó a Kosambi. Cada uno de los tres amigos le ofrecieron al Buddha un parque placentero que gradualmente se convirtieron en monasterios. El parque de Ghosita, que estaba justo dentro de la puerta Este de Kosambi, llegó a ser conocido como Ghositarama y creció hasta llegar a ser un gran centro para el estudio del Dhamma.

81. El Buddha estuvo en Kosambi en varias ocasiones y ofreció muchos discursos allí. Su discípula más famosa allí era Khujjuttara. Era una esclava que trabajaba en el harén del Rey Udena, y como a la Reina Samavati y las otras mujeres no se les permitía dejar el harén, una de sus ocupaciones era llevar mensajes para ellas. Un día, Khujjuttara fue al jardín a comprar flores para la reina, como lo hacía habitualmente, y mientras estaba allí escuchó al Buddha enseñando el Dhamma, y comprendiéndolo muy bien se convirtió en una que Entra en la Corriente. Al regresar al harén, le habló a la Reina sobre el Dhamma, y deleitada por lo que escuchaba, la Reina comenzó a enviarla frecuentemente a escuchar al Buddha para que ella pudiera repetir lo que escuchaba. De esa manera, Khujjuttara se convirtió en una experta en el Dhamma, de hecho el Buddha la llamaba la más profundamente instruida de sus discípulas laicas. Todos los discursos en el Itivuttaka, uno de los libros más importantes del Tipitaka, fueron preservados por Khujjuttara y enseñados por ella a los monjes.

82. Fue en Kosambi donde ocurrió la primera crisis seria de la Sangha. Dos monjes estaban viviendo juntos en la misma cabaña. El primero de esos monjes era experto en la disciplina monástica y también era conciente y sincero. Un día, este monje fue al baño, y cuando terminó olvidó volver a llenar el tanque de agua. Su compañero lo reprendió y lo acusó de violar una regla. Gradualmente se desarrolló una discusión amarga, donde el segundo monje insistía en que el primero había violado una regla, y el primero insistiendo en que no lo había hecho. Finalmente se involucraron todos los monjes de Kosambi, tomando partido para una de las partes o para la otra, y toda la comunidad se volvió "litigante, peleadora y contenciosa, hiriéndose unos a otros con el arma de la lengua". El Buddha intentó una y otra vez lograr una reconciliación, pero cuando los monjes le dijeron lacónicamente que se ocupara de sus propios asuntos, decidió mostrar su desaprobación ante el comportamiento irregular de los monjes alejándose de ellos. Limpió la habitación donde estaba, tomó su cuenco y su manto, y se dirigió hacia un ambiente más agradable, diciendo mientras se iba:



“Él abusó de mí, él me golpeó,
Él me oprimió, él me robó.
Aquellos que siguen manteniendo tales pensamientos
Nunca apaciguan su odio.

Él me abusó, él me golpeó,
Él me oprimió, él me robó.
Aquellos que no mantienen esos pensamientos
Pronto apaciguan su odio.

Porque en este mundo
El odio nunca se apacigua con más odio.
Es el amor lo que conquista al odio.
Esta es una ley eterna”.

83. No lejos de Kosambi había un parque llamado el Bosque de Bambú del Este, donde residía un grupo de monjes liderados por el Venerable Anuruddha, y el Buddha decidió ir hacia allí. Cuando llegó, el guardián del parque, sin saber quién era, no le permitió entrar, diciendo: “Aquí viven monjes que aman el silencio. Por favor, no los moleste”. Anuruddha vio esto y le dijo al guardián que cediera y le diera la bienvenida al Buddha. Fue inmediatamente obvio para el Buddha que en completo contraste con los monjes de Kosambi, estos monjes estaban viviendo juntos en armonía y estaban practicando con diligencia. El Buddha les preguntó cómo podían hacerlo. Anuruddha le respondió: “En lo que concierne a esto, yo pienso: de hecho, es una ganancia para mí, de hecho es bueno que esté viviendo con estos compañeros en la vida santa. Practico con el cuerpo, con la boca y con la mente actos de amor hacia ellos, tanto en público como en privado. Pienso: ¿por qué no dejo de lado mis propios deseos y complazco los de ellos? Y luego actúo de ese modo. Verdaderamente somos diferentes en cuerpo, pero somos uno en mente. Así es como somos capaces de vivir juntos en amistad y armonía, como el agua y la leche mezclados, mirándonos uno a otros con el ojo del afecto”. Luego siguió describiendo la consideración que ellos se demostraban unos a otros en su vida cotidiana. “Cualquiera que regresa de la aldea después la ronda de limosnas, prepara los asientos, sirve el agua para beber y para lavar, y sirve el cuenco de refugio. Cualquiera que llega último de la ronda de limosnas come la comida que quedó, o si no la quiere la arroja hacia donde no hay sembradíos o la arroja hacia donde no hay criaturas. Retira los asientos, el cuenco de agua y el cuenco de refugio, y limpia el comedor. Cualquiera que ve el cuenco de agua para beber, el cuenco de agua para beber o el cuenco de agua para lavar vacío en el baño, lo llena. Si no lo puede hacer solo, llama por medio de señas a sus compañeros para que lo ayuden, pero por una cosa

menor como esa no nos ponemos a hablar. Y luego, una vez cada cinco noches, nos sentamos juntos a hablar sobre el Dhamma”.

84. Después de permanecer durante un tiempo en el Bosque de Bambú del Este, el Buddha sintió la necesidad de un periodo de completa soledad y entonces se fue hasta el bosque cercano a la aldea de Parileyya. El bosque era una guarida bien conocida de animales salvajes, donde iban pocas personas, y el Buddha estaba preparado para ir sin alimentos con el propósito de estar solo durante un tiempo. Se sentó debajo de un hermoso árbol sala, y se dedicó a meditar. Después de un tiempo, apareció un enorme elefante y colocó el agua que llevaba en su trompa en el cuenco del Buddha. Un mono también tomaba frutas y todos los días se las llevaba al Buddha. Con la ayuda de esos animales, el Buddha pudo pasar ese tiempo sin estar en contacto con ninguna persona. Como le sucede a mucha gente, el Buddha sentía que la belleza del bosque y la compañía de los animales podían ser un bienvenido descanso del ruido y la agitación de la sociedad.

85. Después de estar en Parileyya durante algún tiempo, el Buddha se fue, y no queriendo regresar a Kosambi, fue a Savatthi. Mientras tanto, en Kosambi, los laicos decidieron retirar su apoyo a los monjes, que comenzaron a regresar de sus rondas de limosnas con sus cuencos vacíos. Gradualmente, encontraron menos razones para mantener sus disputas, y mientras su temperamento se calmaba, comenzaron a sentirse avergonzados. Finalmente, una delegación de monjes fue a Savatthi a ver al Buddha para pedirle disculpas, que él aceptó, llevando así al fin de la disputas en Kosambi.



El hijo del Iluminado

86. Justo antes de que el Príncipe Siddhatta renunciara al mundo, su esposa Yashodara dio a luz un niño. Según la leyenda, cuando se le anunció el nacimiento el Príncipe, dijo: "Ha nacido una traba (*rahula*), ha nacido una atadura", y así es como fue llamado el niño. Es más probable que haya sido llamado así después de un eclipse lunar (*rahu*) que podría haber ocurrido aproximadamente en el tiempo de su nacimiento. De cualquier modo, el nacimiento de este niño sólo sirvió para hacer aun más difícil el deseo del Príncipe Siddhatta de escapar de lo que se había convertido para él en una jaula de oro. La noche en que finalmente decidió irse, el Buddha fue a espiar la habitación real para echar un último vistazo a su mujer y su hijo, pero el brazo de la madre ocultaba el rostro del niño.

87. Siete años después de haberse ido, el Buddha regresó a Kapilavatthu. Yashodara llevó al pequeño Rahula a escuchar la prédica del Buddha. Cuando llegaron, le dijo: "Este es tu padre, Rahula. Ve y pídele tu herencia". El niño caminó a través de la asamblea, y se detuvo ante el Buddha, diciendo: "¡Qué placentera es tu sombra, oh monje!". Cuando la charla terminó y el Buddha se iba, Rahula lo siguió, y mientras caminaban juntos Rahula le dijo: "Dame mi herencia, oh monje". Por supuesto, el Buddha ya no tenía oro ni propiedades pero tenía algo aun más precioso, el Dhamma, así que el Buddha se volvió hacia Sariputta y le dijo: "Sariputta, ordénalo". Más tarde, el padre del Buddha, Suddhodhana, y Yashodara, se quejaron de que el niño hubiera sido llevado sin su permiso, como resultado de lo cual el Buddha estableció una regla para que fuera necesario el consentimiento de los padres antes de que alguien fuera ordenado.

88. Como compensando los siete años durante los que creció sin un padre, el Buddha tomó un gran interés en la educación moral y espiritual de Rahula, enseñándole muchas veces él mismo, y nombrando a Sariputta su preceptor y a Moggallana su maestro. Rahula respondió a su excelente tutelaje siendo un estudiante brillante y atento, y se cuenta que cada mañana al despertarse tomaba un puñado de arena y decía: "Ojalá que hoy reciba tantas palabras de consejo de mi maestro como granos de arena hay aquí". Como resultado de su entusiasmo, el Buddha dijo que su hijo era el más ávido de entrenamiento de entre todos sus discípulos. Cuando Rahula aun era un niño, el Buddha comentaba con él algunos aspectos del Dhamma que eran apropiados para el joven, y de un modo tal que él pudiera comprenderlos y recordarlos.



89. Una vez, tomó un cuenco con agua y le dijo a Rahula: "Rahula, ¿ves la pequeña cantidad de agua en este cuenco?" "Sí Señor". "Así de pequeño es el entrenamiento de quienes no se avergüenzan cuando mienten intencionalmente". El Buddha entonces arrojó el agua, y le dijo a Rahula: "¿Ves la pequeña cantidad de agua que he desperdiciado?" "Sí, Señor". "Así, Rahula, es desperdiciado el entrenamiento de quienes no se avergüenzan cuando mienten intencionalmente". El Buddha entonces dio vuelta el cuenco y le dijo a Rahula: "¿Ves este cuenco que ha sido dado vuelta?" Sí, Señor". "Así se da vuelta el entrenamiento de quienes no se avergüenzan cuando mienten intencionalmente". El Buddha puso nuevamente el cuenco hacia arriba y dijo: "¿Ves este cuenco, ahora vacío y sin nada?" "Sí, Señor". "Así, Rahula, vacío y sin nada es el entrenamiento de quienes no se avergüenzan cuando mienten intencionalmente". El Buddha entonces le recalcó a su hijo la importancia de hablar con la verdad. "Rahula, cualquiera que no tenga vergüenza de mentir intencionalmente, no hay mal que esa persona no pueda hacer. Por consiguiente, debes entrenarte así: "No diré una mentira. Ni siquiera en broma". Habiéndole explicado a Rahula lo que debía hacerse, el Buddha siguió explicándole cómo debía hacerse: "¿Qué crees de esto, Rahula? ¿Cuál es el propósito de un espejo?" "El propósito de un espejo es mirarse a uno mismo". "Así, Rahula, uno debe actuar en cuerpo, palabras y pensamientos sólo después de haberse mirado a sí mismo. Antes de actuar en cuerpo, palabra o mente, uno debe pensar: `Lo que estoy por hacer ¿me lastimará a mí o a los demás?` Si puedes responder: `Sí`, entonces no debes actuar. Pero si puedes responder: `no`, entonces debes actuar. Debes reflexionar así mientras actúas y después de haber actuado. Por consiguiente, Rahula, debes entrenarte pensando: `Actuaremos sólo después de habernos observado a nosotros mismos, de habernos reflejado a nosotros mismos`".

90. Rahula fue entrenado en los Diez Preceptos y en la disciplina monástica, y cuando tuvo 18 años, el Buddha decidió que ya estaba preparado para la meditación y lo instruyó sobre cómo practicar. "Rahula, desarrolla una mente que sea como los cuatro grandes elementos (tierra, agua, aire y fuego), porque si haces esto, las impresiones sensoriales agradables o desagradables que hayan surgido y dominado a la mente no persistirán. Así como cuando la gente tira sus heces, orina, flema, pus o sangre al agua o a la tierra, al fuego o al aire, la tierra, el agua, el aire o el fuego no se molestan, ni se preocupan, ni se perturban. Así, también, desarrolla una mente que sea grande como los cuatro elementos. Desarrolla el amor, Rahula, porque hacerlo te liberará de la mala voluntad. Desarrolla la compasión, porque hacerlo te liberará del deseo de lastimar. Desarrolla el gozo comprensivo, porque hacerlo te liberará de la aversión. Desarrolla la ecuanimidad, porque



hacerlo te liberará de la reacción sensorial. Desarrolla la percepción de lo asqueroso, porque hacerlo te liberará del apego. Desarrolla la percepción de la impermanencia, porque hacerlo te liberará de la vanidad de `yo soy`. Desarrolla la atención a la respiración, porque es de gran provecho y ventaja”. Siguiendo el consejo y la guía de su padre sobre la meditación, Rahula finalmente logró la iluminación. En ese momento tenía 18 años. Después de eso sus amigos se referían a él como “Rahula el afortunado” (Rahulabhadda), y él cuenta por qué le dieron ese nombre: “Me llaman Rahula el afortunado por dos razones: una es que soy el hijo del Buddha; y la otra es que he visto la verdad”.

91. Aparte de esto, sabemos muy poco sobre Rahula. No parece haber sido sobresaliente ni como maestro de Dhamma ni como entrenador de otros monjes. Es probable que Rahula se mantuviera en un segundo plano para no poder ser acusado de sacar ventaja por ser el hijo del Iluminado.





Famosos discípulos laicos

92. Con frecuencia se cree erróneamente que es el trabajo de los monjes y las monjas practicar y enseñar el Dhamma, mientras que el trabajo de los laicos y laicas es practicar los Cinco Preceptos y apoyar a los monjes y monjas proveyéndolos de lo que necesiten. Esta es una creencia incorrecta y peligrosa, y en los países donde ha sido aceptada ampliamente ha contribuido a la corrupción del Dhamma. La meta del Buddha era desarrollar una comunidad de discípulos, laicos y ordenados, hombre y mujeres, que estuvieran bien educados en el Dhamma, que lo practicaran plenamente, y que lo aprendieran y lo enseñaran entre sí. Mientras que el Buddha elogiaba a Anathapindika por su gran generosidad, reservaba los elogios más grandes para Citta de Macchikasanda y para Hatthaka de Alavi porque ambos eran hábiles y diligentes en dar algo mucho más importante que las cosas materiales: el Dhamma.

93. Citta era el modelo del practicante Buddhista laico cuyo aprendizaje y comportamiento el Buddha urgía a los demás a imitar. En una ocasión, el Buddha le dijo a los monjes: "Si una madre dedicada quisiera alentar a su amado hijo único de un modo apropiado, ella debería decirles: `Intenten volverse como el discípulo Citta y el discípulo Hatthaka de Alavi". Citta era un rico comerciante y terrateniente de la ciudad de Macchikasanda, no lejos de Savatthi. Parece que él escuchó el Dhamma posprimera vez del monje Mahanama, después de lo cual ofreció a la Sangha un parque del que era propietario, donde construyó un gran monasterio. Después de eso, cualquier monje que llegara a Macchikasansa tenía siempre asegurada una cálida bienvenida y un apoyo adecuado. El Buddha consideraba a Citta como el más instruido y lúcido de todos los maestros de Dhamma laicos. Después de aceptar el Dhamma, él se los explicó a todos habitantes de la ciudad, convirtiendo a 500 de ellos, y en una ocasión llevó a todos los nuevos conversos a Savatthi para ver al Buddha. Los discursos en el Tipitaka predicados a Citta o predicados por él indican su profunda comprensión de los aspectos más sutiles del Dhamma, y de hecho más tarde se convirtió en Uno que No Regresa.

94. Una vez un grupo de monjes estaba sentado comentando el Dhamma en un pabellón del monasterio que había construido Citta. Algunos estaban diciendo que son los objetos de los sentidos los que obstruyen a la mente, y otros decían que en realidad son los mismos sentidos los que causan los problemas. Citta llegó al monasterio, y cuando vio a los monjes preguntó de qué estaban



discutiendo, y ellos le dijeron. Citta dijo: “Señores, estas dos cosas, los objetos de los sentidos y los sentidos, son diferentes. Usaré una analogía para que comprendan lo que quiero decir. Supongan que un buey negro y un buey blanco estuvieran unidos por un yugo o por una soga. Ahora, ¿sería correcto decir que el buey blanco es el que ata al negro o que el buey negro es el que ata al blanco?” “Ciertamente no”, dijeron los monjes, “el buey blanco no es el que ata al negro, ni el buey negro es el que ata al blanco. Ambos están atados al yugo o a la soga”. Citta asintió y luego dijo: “Bien, señores, del mismo modo, el ojo no es el que obstruye a los objetos visuales ni son los objetos visuales los que obstruyen al ojo. Sino más bien, es el deseo que surge del encuentro de los dos lo que constituye el obstáculo. Y lo mismo sucede con los demás órganos sensoriales y sus objetos”. Los monjes quedaron deleitados con la lucidez de Citta respondiendo y explicando la pregunta.

95. En otra ocasión, el monje Kamabhu, perplejo por uno de los dichos del Buddha, le preguntó a Citta si podía explicarle el significado. El dicho era: “Con miembros puros, con blanca sombrilla, con una rueda, el carro rueda. Mira al que está llegando. Es un cortador de la corriente sin faltas, no tiene ataduras”. Citta explicó el verso con gran intuición y originalidad. Dijo: “con miembros puros”, significa virtud, “con blanca sombrilla” significa libertad, “con una rueda” significa atención, “rueda” significa ir y venir. “Carro” significa el cuerpo, “el que está llegando” significa el Iluminado, “corriente” significa el deseo, “sin faltas”, “cortador de la corriente” y “sin ataduras” significan todos alguien que ha destruido las corrupciones”. La habilidad de Citta para dar una interpretación espiritual a lo que parecía un simple verso hermoso, sorprendió y deleitó a Kamabhu.

96. Pero Citta no sólo era capaz de enseñar el Dhamma, también podía demostrar su superioridad sobre otras doctrinas. Una vez, Nigantha Nataputta, fundador del jainismo y uno de los más famosos maestros religiosos de la época, llegó a Macchikasanda junto a una gran cantidad de discípulos suyos. Citta fue a ver a Nataputta, que sabiendo que él era un discípulo del Buddha, le preguntó: “¿Tú crees, como enseña el Buddha, que es posible alcanzar un estado meditativo en el cual cesan todos los pensamientos?” “No, respondió Citta, el Buddha enseña eso, pero yo no lo creo”. Sorprendido y complacido de que Citta pareciera estar diciendo que dudaba de alguna de las enseñanzas del Buddha, Nataputta miró a todos sus discípulos, diciendo: “¿Ven cuan sincero e inteligente es Citta? Cualquiera que pudiera creer en un estado meditativo donde todos los pensamientos cesan también podría creer que la mente puede encerrarse en una red o que la corriente del Ganges puede detenerse con una mano”.



Cuando terminó, Citta preguntó: “¿Qué es mejor, venerable señor, creer o saber?” Nataputta respondió: “El conocimiento es mucho mejor que la creencia”. “Bien, yo puedo lograr ese estado meditativo donde todos los pensamientos cesan. Entonces ¿por qué debería creer que lo que dice el Buddha es verdad? Yo sé que es verdad”. Sorprendido de ser atrapado, Nataputta miró nuevamente a su alrededor y dijo: “Vean que persona engañosa, retorcida y astuta es Citta”. Permaneciendo calmo y sin perturbarse por ese arranque, Citta dijo: “Si su primera afirmación es verdad, la segunda debe ser falsa, y si la segunda es verdad entonces la primera debe ser falsa”, y habiendo dicho esto se levantó y se fue, dejando a Nataputta en busca de una respuesta.

97. Más tarde en la vida, Citta se enfermó y era obvio para su familia que no tendría una larga vida. Mientras yacía en su lecho de muerte, los devas se reunieron a su alrededor diciéndole que estableciera su mente para renacer en una posición de riqueza y poder. Sabiendo que era uno Que No Regresa, destinado a renacer en uno de los reinos celestiales superiores, les dijo a los devas: “Eso es impermanente y deberá ser abandonado al fin”. Incapaces de ver a los devas, sus familiares y amigos creyeron que Citta estaba delirando. Él les dijo que les estaba hablando a los devas, y luego, urgiendo a quienes lo rodeaban a tomar refugio en los Tres Tesoros, murió apaciblemente.

98. Otro discípulo laico eminente era Hatthaka de Alavi, hijo de un gobernante de Alavi. Hatthaka se encontró con el Buddha por primera vez mientras caminaba una noche de invierno. Sorprendido de ver a este asceta solitario vestido solamente con un manto delgado y durmiendo sobre el suelo duro, Hatthaka le preguntó al Buddha: “¿Es feliz?” El Buddha le respondió: “Sí, soy feliz”. “Pero Señor, preguntó Hatthaka, el suelo es duro y el viento está frío, ¿cómo puede ser feliz?” El Buddha preguntó: “A pesar de vivir en una casa cómoda, bien techada, con una cama confortable y dos esposas que cuidan de él, ¿es posible que debido a la codicia, ira, temor o ambición un hombre se sienta infeliz?” “Sí”, respondió Hatthaka, “es bastante posible”. “Bien, dijo el Buddha, yo me he liberado de toda la codicia, ira, temor y ambición, así que ya sea que duerma aquí o en una casa cómoda, siempre estoy feliz, siempre muy feliz”.

99. Hatthaka era famoso no tanto por su generosidad o su conocimiento del Dhamma, sino por su capacidad de atraer a las personas hacia el Dhamma. Una vez llevó a 500 personas, todos obviamente ávidos de practicar el Dhamma, a ver al Buddha, quien le preguntó: “¿Cómo haces para interesar a tanta gente en el Dhamma?” Hatthaka respondió: “Señor, lo hago usando los cuatro fundamentos de la simpatía, que usted mismo me enseñó.



Cuando sé que alguien puede ser atraído por la generosidad, soy generoso. Cuando sé que pueden ser atraídos por las palabras amables, les hablo con amabilidad. Cuando sé que pueden ser atraídos dándoles un buen giro, les doy un buen giro, y cuando sé que pueden ser atraídos tratándolos con igualdad, los trato con igualdad”. Obviamente, cuando la gente asistía a las charlas sobre el Dhamma organizadas por Hatthaka, siempre recibían una cálida bienvenida personal que los hacía sentirse queridos y respetados, y entonces volvían, interesándose gradualmente en el Dhamma. El Buddha elogiaba a Hatthaka por su habilidad. “Bien hecho, Hatthaka, bien hecho, este es el modo de atraer a la gente”. Después de que Hatthaka se fuera, el Buddha les dijo a los monjes: “Consideren verdad que Hatthaka de Alavi está dotado de estas ocho cualidades maravillosas y hermosas: tiene fe, virtud, conciencia y temor a la culpa, es instruido, generoso, sabio y modesto.”.

100. La modestia, en particular, era evidente en el carácter de Hatthaka. Mientras que otros son orgullosos de su riqueza o están motivados por su auto engrandecimiento para convertir a los demás al Dhamma, Hatthaka estaba siempre tranquilo y sin arrogancia. Hizo todo lo que pudo para interesar a las personas en el Dhamma puramente por el bien de ellas, y no por hacerse de un nombre. En otra ocasión, cuando los monjes le dijeron a Hatthaka que el Buddha había elogiado sus muchas buenas cualidades, él dijo: “Espero que no haya habido laicos cuando el Señor dijo eso”. Los monjes le aseguraron que no había ninguno, y más tarde cuando le contaron esto al Buddha, él dijo: “Bien hecho, bien hecho, este hombre es genuinamente modesto. No le gusta que sus cualidades sean conocidas por los demás. La modestia es otra de las buenas cualidades de Hatthaka”. Cuando Hatthaka murió, renació como un deva, y una noche fue a visitar al Buddha. El Buddha le preguntó si se arrepentía de algo, y él le respondió: “He muerto arrepentido sólo de no haber visto nunca suficiente al Buddha, de no haber escuchado suficiente Dhamma y de no haber podido servir lo suficiente al Dhamma”.

101. En la época del Buddha, las mujeres tenían poco lugar en la sociedad, excepto como esposas y madres. Pero cuando se estableció la Sangha de monjas, inmediatamente las mujeres tuvieron una avenida para el desarrollo espiritual y la oportunidad de probarse a sí mismas como adeptas religiosas y como maestras, roles que desempeñaron con gran éxito. El Buddha elogió a la monja Khema por su gran sabiduría, a Patacara por su destreza en la disciplina monástica y a Dhammadinna por su energía y habilidad para enseñar el Dhamma. Y no sólo las monjas se convirtieron en discípulas modelo, las laicas también. Una de



las discípulas laicas más importantes del Buddha fue Samavati, cuya historia es larga e interesante.

102. Una vez un hombre y su esposa vivían en una aldea en particular de Vamsa, junto a su hija de belleza poco común, llamada Samavati. La familia era feliz, pero un verano hubo una epidemia que mató a muchas personas y obligó a huir a otras tantas. Samavati y sus padres, junto con muchas otras familias, fueron a Kosambi, la capital de Vamsa, con la esperanza de encontrar alivio. La ciudad estaba llena de refugiados, y ciudadanos preocupados habían establecido facilidades para proveerlos de comida. Cuando la comida era distribuida cada mediodía, los desesperados refugiados se empujaban y reñían tratando de obtener lo más que podían, temiendo que al día siguiente no hubiera nada. Cuando Samavati llegó primero por la comida, pidió suficiente para tres personas. Pronto estaba pidiendo para dos, y finalmente para una. Mitta, el hombre que distribuía a comida donde iba Samavati, notó eso, y un día le dijo a Samavati: “¿Así que finalmente has estado calculando cuánto puede almacenar tu estómago, no?”. “No”, dijo Samavati, “al comienzo debía tener lo suficiente para mí y para mis padres. Luego mi padre murió, así que sólo necesité para dos. Luego murió mi madre, así que ahora necesito sólo lo suficiente para mí”. Cuando Mitta escuchó esto, se sintió muy avergonzado de su sarcasmo y le pidió disculpas a Samavati. Ella le contó cómo había caído en desgracia, y movido por la simpatía, Mitta le ofreció adoptarla como hija, algo que ella aceptó agradecida.

103. Ahora que su condición había mejorado, Samavati se dedicó a ayudar para que las multitudes de refugiados pudieran superar ese momento. Ella generó orden y disciplina en la distribución de los alimentos, y pronto, en vez de multitudes ruidosas que se empujaban, se formaron filas ordenadas, asegurando que todos recibieran su ración correcta y que nadie se fuera sin comida. Un día, Ghosita, un comerciante rico que había sido nombrado tesorero real, estaba paseando por la ciudad y notó la eficiencia con que estaba siendo realizado el programa de distribución de comida. Le preguntó a Mitta quién era el responsable de eso. Ghosita fue presentado a Samavati, quien al verla inmediatamente quedó impactado por su belleza y por la paciencia con la que ella realizaba su trabajo. Le preguntó a Mitta si él podría adoptar a Samavati. Mitta asintió con renuencia, sabiendo que Samavati sería ahora heredera de una gran fortuna. Así que en unos pocos meses, Samavati pasó de la destitución a la riqueza y el estatus. Pero pronto ella comenzó a elevarse aun más. Ahora que ella se movía en círculos altos, no pasó mucho tiempo hasta que su nombre llegó a oídos del Rey Udena de Kosambi. El Rey ya tenía dos esposas, Vasultadatta y Magandiya, de las cuales las dos,



aunque físicamente hermosas, tenían un carácter poco atractivo, y Udena estaba infeliz y solitario. Apenas vio a Samavati, se enamoró de ella y resolvió tomarla como esposa. Le informó a Ghosita sobre su deseo, algo que lo llenó de tristeza, ya que Ghosita la amaba profundamente y había llegado a verla como su propia hija. Pero aunque el Rey Udena tenía la reputación de encolerizarse cuando no lograba lo que quería, Ghosita decidió rechazar la solicitud del rey. El rey se puso furioso. Despidió a Ghosita de su puesto, lo expulsó de Kosambi, y confiscó toda su riqueza. Samavati se entristeció profundamente por esto, y para salvar a su padre adoptivo fue a ver a Udena y le ofreció ser su esposa, después de lo cual el rey detuvo la persecución de Ghosita. Samavati era paciente por naturaleza y aceptaba las cosas tal como eran, así que pronto se estableció en su nueva vida en el palacio real, y aprendió a sobreponerse a los ocasionales estallidos del temperamento de Udena, y él a su vez la amaba profundamente.

104. Una de las sirvientas de Samavati era Khujjuttara, así llamada porque tenía una joroba en la espalda. Como las otras mujeres de la casa real, Samavati estaba confinada al palacio. Así que cuando quería flores para adornar su cabello, debía enviar a su sirvienta. Todos los días, ella le daba ocho piezas de dinero a Khujjuttara, que gastaba cuatro en las flores y se guardaba cuatro para ella. Un día, mientras Khujjuttara estaba haciendo sus diligencias habituales, vio a un grupo de gente sentada, escuchando al Buddha, y por curiosidad se detuvo a escuchar de qué se estaba hablando. El Buddha notó a esta mujer en el fondo de la multitud, y aunque tenía una apariencia fea, pudo decir que ella tenía un buen potencial para comprender el Dhamma. Cambió el tema principal de su charla por un tema al que sabía que ella podría responder, y hacia el final de la charla Khujjuttara se había convertido en una que Entra en la Corriente. Aunque ella no sabía lo que le había sucedido, ahora sentía remordimiento por haber robado dinero a Samavati, y al regresar se inclinó ante la reina y confesó su error. También le contó sobre el Buddha y su enseñanza. Samavati estaba fascinada, tanto por el cambio drástico en Khujjuttara como por lo que había escuchado acerca de las enseñanzas del Buddha, y después de perdonarla la urgió a ir para encontrar más sobre el Dhamma. Así que cada día, Khujjuttara iba a escuchar al Buddha y repetía fielmente a Samavati todo lo que había escuchado, quien eventualmente tomó los Tres Refugios y más tarde influyó a las demás mujeres del palacio para que hicieran lo mismo. Un día, cuando estaba de particular buen humor y complacido con Samavati, el Rey Udena le ofreció darle lo que ella deseara. Durante mucho tiempo ella había querido escuchar el Dhamma del Buddha en persona, así que directamente le pidió que el Buddha fuera invitado al palacio, y el



rey dio órdenes para que se enviaran las invitaciones. El Buddha rechazó la invitación pero instruyó a Ananda para que fuera en su lugar. Ananda dio una charla a los nobles reunidos, y por el momento en que la charla terminaba, Samavati se había convertido en una que Entra en la Corriente. Con el estímulo de Samavati, muchos miembros de la familia real se hicieron luego Buddhistas entusiastas, aunque el volátil y cabeza dura Udena expresaba poco interés en cualquier religión, especialmente en una que requería una disminución de la ira. Pero gradualmente, por medio de la persuasión suave y paciente de Samavati, incluso él llegó a meditar, aunque con renuencia al principio, finalmente su temperamento fue mejorando.

105. Mientras tanto, una de las otras esposas del Rey Udena, Magandiya, gradualmente se fue poniendo celosa de Samavati. Nunca perdía la ocasión de hacer comentarios sarcásticos, tanto frente a Samavati como a sus espaldas, para ridiculizar su religión y despreciar sus esfuerzos genuinos de práctica, y para menospreciarla ante del rey. A pesar de esto, Samavati rehusaba desquitarse, y seguía siendo tan amable y bien intencionada hacia Magandiya como si fuera cualquier otra persona, lo que sólo servía para hacer más hostil a Magandiya. Después, ella intentó poner al rey en contra de Samavati, haciéndole creer que Samavati estaba complotando contra él, pero tampoco tuvo éxito. Finalmente decidió hacer matar a Samavati. Con la ayuda de sus parientes, Magandiya planeó hacer incendiar la habitación de las mujeres del palacio. Estaba tan llena de odio que se preparaba a arriesgar la vida de las otras mujeres que vivían allí sólo para matar a su rival. Los incendiarios hicieron su trabajo y Samavati, junto a otras casi 500 personas, murieron en el incendio. El Rey Udena estaba destruido con la muerte de Samavati, y entró en un largo periodo de luto. Cuando comenzó a pensar cómo podría haber ocurrido la tragedia, gradualmente se dio cuenta de que no había sido un accidente. Él sospechaba de Magandiya, pero como se sabía incapaz de presionarla para que confesara, decidió usar otros medios. Un día, en presencia de Magandiya, el rey le dijo a uno de sus ministros: "Siempre sospeché que Samavati estaba complotando contra mí. Ahora que ha muerto, puedo dormir en paz. Quienquiera que haya sido el que se deshizo de ella me ha hecho un gran favor, y si supiera quien fue, le daría una recompensa". Siempre lista para ganar los favores del rey, Magandiya se adelantó inmediatamente y le dijo al rey que ella, con la ayuda de sus parientes, había incendiado la habitación de las mujeres. Udena fingió deleitarse y le dijo que llamara a sus parientes para poder darles la recompensa. Más tarde, cuando Magandiya llevó a los conspiradores ante la presencia del rey, se dio cuenta por su expresión que había sido engañada y que había cometido un gran error. En una furia incontrolable, el Rey Udena



ordenó que Magandiya y los demás fueran arrestados y luego quemados vivos fuera del palacio. La gente estaba horrorizada por las acciones del rey, pero la mayoría creía que Magandiya había tenido lo que se merecía.



Ajatasattu y Devadatta

106. Ya desde su juventud, Devadatta había estado celoso del Buddha, y aunque se había hecho monje sus celos persistían. Siempre estaba resentido a la sombra del Buddha, pero no decía nada, esperando que si el Buddha moría, o envejecía demasiado como para seguir liderando a la Sangha, él tendría una buena oportunidad para hacerse cargo, siendo tan próximo al Buddha como era. Devadatta no carecía de talentos, a pesar de su naturaleza desagradable; había desarrollado poderes psíquicos, los que por supuesto habían atraído hacia él a muchos admiradores. Desafortunadamente, sus poderes y la atención que recibía sólo servían para hacerlo más orgulloso y ambicioso.

107. Aproximadamente por esa época sucedió que el príncipe Ajatasattu se estaba poniendo muy impaciente por ascender al trono. Su padre, el Rey Bimbisara, había gobernado durante muchos años y parecía muy probable que siguiera gobernando durante mucho más tiempo, lo que significaba que Ajatasattu sería viejo antes de convertirse en rey. Devadatta conocía el apuro del Príncipe Ajatasattu y viendo que tenían algo en común, decidió que debían trabajar juntos. Usó sus poderes psíquicos para impresionar al príncipe. Un día, mientras Ajatasattu estaba sentado solo, súbitamente apareció sobre su regazo un joven muchacho envuelto en serpientes. Completamente aterrorizado, Ajatasattu empujó al joven y con voz temblorosa preguntó: "¿Quién eres?" "Yo, Príncipe, soy Devadatta". El príncipe respondió con voz temblorosa: "Si realmente eres Devadatta, entonces por favor asume tu forma verdadera". Devadatta obedeció y se paró frente al asombrado príncipe, quien dijo: "Estoy impresionado, reverendo señor. Verdaderamente usted es un monje de gran logro".

108. Desde ese momento, Devadatta tuvo libre acceso al palacio y Ajatasattu frecuentemente lo esperaba con comidas abundantes y regalos caros. Teniendo un aliado poderoso, el siguiente paso de Devadatta era convencer al Buddha para que renunciara a su favor. Un día, mientras el Buddha estaba sentado junto a una gran cantidad de monjes, Devadatta se adelantó, se inclinó, y dijo: "Señor, liderar la Sangha a su edad debe ser una gran carga. Renuncie y yo lideraré a la Sangha en su lugar. Tomaré esta responsabilidad así usted puede vivir cómodamente". Él creía obviamente que los demás monjes, preocupados por el bienestar del Buddha estarían satisfechos con esta idea y le pedirían al Buddha que se retirara. Pero el Buddha era bien consciente de las intenciones de Devadatta y no era influido por la opinión de la



mayoría. Firme y severamente descartó la idea. “Ni siquiera delegaría la Sangha a Sariputta o Moggallana, menos aun a ti, tú que deberías ser tosido como saliva”. Devadatta fue humillado con esta respuesta y en su corazón se juró revancha. Un día, después de que el Príncipe Ajatasattu se quejara ante él de su rol como príncipe, Devadatta le dijo: “En el pasado, las personas vivían hasta una edad avanzada, ahora no. Es posible que mueras siendo príncipe. Mata a tu padre y hazte rey. Yo mataré al Buddha y me haré líder de la Sangha”. Al comienzo Ajatasattu quedó impactado con esta sugerencia, pero su ambición y su deseo de poder eran tan grandes que no le llevó mucho tiempo ver las ventajas de ese plan.

109. Pronto, Devadatta creó un plan para matar al Buddha con la ayuda de Ajatasattu. Enviaron a un hombre para que matara al Buddha y pensaron en matar al hombre también para que no hubiera testigos. Sin embargo, el hombre tenía escrúpulos y no estaba ansioso de crearse un mal karma matando a una persona tan santa. Cuando realmente estuvo frente al Buddha, se le hizo imposible matarlo. El hombre se quebró y le confesó al Buddha lo que había planeado hacer. El Buddha lo perdonó y le pidió que se hiciera discípulo laico. Cuando Devadatta escuchó esto, se enfureció y decidió que si había que matar al Buddha, debía hacerlo él mismo. Cuando el Buddha iba a Rajagaha generalmente se quedaba en Gijjakuta, una pequeña colina rocosa un poco más allá de la puerta este de Rajagaha. Devadatta escaló el Gijjakuta, y cuando vio al Buddha subiendo y bajando a los pies de la colina, empujó una gran roca hacia él. Justo antes de que llegara al Buddha, la roca golpeó otra piedra que la desvió, aunque algunas piedras golpearon al Buddha lastimando sus pies. Un tiempo después, Devadatta fue a los establos reales, donde había un elefante enorme y feroz llamado Nalagiri. Se acercó a los cuidadores y les dijo: “Soy amigo del rey. A mi pedido, alguien en una posición baja puede ser ascendido, y alguien en una posición alta puede ser degradado. Quiero que larguen a este elefante en el camino del Buddha cuando él esté bajando el sendero”. Los cuidadores accedieron al pedido inmediatamente. El día siguiente, el Buddha y un pequeño grupo de monjes caminaba por Rajagaha para reunir limosnas. Cuando doblaron en una esquina de una calle estrecha, se encontraron frente a un elefante furioso. Los monjes le pidieron al Buddha que regresaran, pero él siguió caminando con calma. La gente miraba por las ventanas y se subía a los techos para ver qué pasaría. Nalagiri arremetió en la calle. La gente salía corriendo para escapar, mientras otros miraban horrorizados. El Buddha dominó al elefante con pensamientos de bondad amorosa (*metta*), calmándolo, lo que le permitió acercarse y golpearle la cabeza. Esta confrontación causó un gran revuelo en Rajagaha y durante semanas la gente andaba por la ciudad



cantando una canción sobre el tema. Uno de los versos decía: “Algunos son domados por látigos y fustas. Pero el elefante por el gran sabio fue domado. Por la bondad amorosa, sin palos ni espadas”.

110. Mientras tanto, Ajatasattu ató una daga a su pierna, y lleno de temor intentó entrar a la habitación del rey. Pero los guardias lo desafiaron y el complot fracasó. El Rey Bimbisara llegó a escuchar sobre los intentos de su hijo para asesinarlo, y profundamente entristecido, decidió renunciar a su favor. Aunque ya no era rey, Bimbisara aun apoyaba al Buddha, lo que preocupaba a Devadatta. Así que incitó a Ajatasattu a matar a su padre. “Mientras viva tu padre, estarás en peligro. Eres como un hombre que pone un nuevo parche en un tambor con una rata dentro”. Bimbisara fue encerrado y se lo privó de alimentos. La Reina Kosaladevi, la única persona a quien se le permitía visitar al rey, ingresaba comida escondida entre sus ropas. Cuando la descubrieron, cada vez que iba de visita la revisaban. Entonces ella se frotaba el cuerpo con *catumadhura*, una crema nutritiva, y el rey la lamía, cosa que lo mantenía vivo. Después de dos semanas, viendo que aun estaba vivo, el rey Ajatasattu envió algunos hombres a la celda para que lo mataran. Así terminó la vida de un rey popular y justo, que era además uno de los más entusiastas patrocinadores del Buddha.

111. Después de fracasar en varios intentos de matar al Buddha, Devadatta decidió que si no podía liderar la Sangha, al menos intentaría liderar a algunos monjes. El Buddha se esforzaba por transformar la sociedad en la que vivía, cuestionando, y cuando era necesario incluso criticando algunas de las suposiciones que sostenían sus contemporáneos. Algo para lo que tenía poco tiempo eran las ostentosas y extremas austeridades que practicaban muchos ascetas. Como él rechazaba complacerse en cualquiera de esas prácticas, sus oponentes lo acusaban a menudo de ser débil y de amar la lujuria. Incluso algunos monjes Buddhistas creían que la Sangha estaba perdiendo su carácter austero original, y que los monjes Buddhistas debían vivir como los otros ascetas. Devadatta aprovechó esta insatisfacción y comenzó a demandar reglas más estrictas, demanda que ganó el apoyo de algunos monjes. Finalmente, él y sus seguidores fueron a ver al Buddha y le pidieron que se hicieran obligatorias para todos los monjes cinco prácticas: que sólo pudieran vivir en el bosque, que sólo comieran lo que obtenían de las limosnas, que sólo vistieran hábitos hechos de despojos, que no debían vivir en monasterios y que debían ser vegetarianos. El Buddha se rehusó, porque sabía que prácticas externas como esas no necesariamente generaban un cambio en el corazón. También comprendía que tales prácticas separarían a los monjes de los laicos, y que si eso ocurría el Dhamma quedaría

relegado sólo a un pequeño grupo. Sin embargo también reconocía que algunos monjes se sentían más cómodos con un estilo de vida austero, así que aunque rechazó hacer obligatorias estas prácticas, dijo que los monjes que quisieran podrían practicarlas.

112. Mientras que el Buddha estaba preparado para ser flexible, Devadatta no. Declaró que él y sus seguidores iban a comenzar a separar a la Sangha. Los 500 monjes que él guiaba se fueron de Rajagaha hacia Gaya, donde el rey Ajatasattu les había construido un monasterio en Gavasisa, una colina rocosa al sur de la ciudad. Fue la crisis más grande en la vida del Buddha; la Sangha se separó, se hicieron acusaciones de disciplina débil y los laicos no sabían a qué grupo apoyar. Sin embargo, a través de la crisis, el Buddha permaneció en calma y no condenó públicamente a Devadatta. Pero algo debía hacerse, así que finalmente el Buddha envió a Sariputta y Moggallana hacia Gaya para que intentaran recuperar a los monjes rebeldes. Cuando Devadatta los vio llegar, se sintió exultante, creyendo que ellos también habían abandonado al Buddha. Cuando llegaron los recibió con entusiasmo y les pidió que se sentaran con él. Ellos se negaron cortésmente, pero se sentaron cerca de él. Devadatta dio entonces una larga charla, defendiendo sin duda su apoyo al ascetismo y criticando al Buddha, y luego les pidió a Sariputta y a Moggallana que dieran una charla mientras él se retiraba a dormir. Después de que se fuera, Sariputta y Moggallana dieron unas charlas calmas y razonables, explicando que ninguna práctica ascética o cualquier rito o acto externo en sí mismos podían cambiar el corazón. También apelaron a la lealtad a su compasivo maestro, el Buddha, y a la unidad y armonía de la Sangha. Su autoridad de muchos años en la Sangha, su obvia libertad de rencor, y la razonabilidad de sus puntos de vista, convencieron gradualmente a los 500 monjes.

112. Cuando Sariputta y Moggallana terminaron, dijeron: "Esto es todo lo que teníamos que decir. Ahora regresaremos a Rajagaha". Mientras se levantaban para irse, casi la totalidad de los 500 monjes se levantaron y los siguieron. Cuando Devadatta despertó por la mañana, encontró que sólo quedaban unos pocos seguidores. Se dice que estaba tan enojado que brotó sangre de su boca. Solo y desgraciado, los años siguientes Devadatta continuó quejándose y criticando al Buddha ante cualquiera que quisiera escucharlo. Algunos lo hacían, pero la mayoría lo ignoraba o lo trataba con desprecio. Hacia el fin de su vida comenzó a arrepentirse de sus acciones pasadas y decidió disculparse ante el Buddha. Pero antes de que los dos hombres se encontraran, Devadatta murió. Es interesante observar que cuando Fa Hsien, el peregrino chino, estuvo en India en el siglo 5 d.C., aun había



algunos grupos pequeños que veían a Devadatta en lugar del Buddha como su fundador.



Para una lectura posterior

Footprints of Gautama the Buddha, M. Byles, 1972. El autor, famoso Buddhista australiano, parafrasea Suttas del Tipitaka Pali para narrar la historia del Buddha y sus discípulos.

El Buddha, Michael Carrithers, 1983. Escrito por un estudioso que tiene una gran simpatía por el Buddhismo, este libro erudito pero accesible es uno de los mejores relatos de la vida del Buddha.

La vida del Buddha como aparece en el Canon Pali, Bhikkhu Nanamoli, 1972. Este libro consiste en traducciones del Tipitaka Pali, reunidas para contar la vida del Buddha según está registrada en los textos antiguos.

La vida del Buddha, H. Saddhatissa, 1976. Un popular recuento de la vida del Buddha por uno de los más sobresalientes monjes estudiosos de Sri Lanka.

El Buddha histórico, H. W. Schumann, 1989. Este libro soberbio observa la vida del Buddha desde el punto de vista histórico. Hace un bosquejo sobre la historia, la arqueología y los textos Buddhistas para dar un cuadro completo del Buddha y del mundo en el que vivió.

Venerable Sravasti Dhammika

Final del Documento

Año 2005



EL BUDDHA Y SUS DISCÍPULOS



Copyright 1997 Stig A. Jepsen

**Publicado por primera vez por
*Buddha Dhamma Mandala Society***

**Impreso por *Des Meyer Press*, Bukit Batok Central
P.O. Box Nº 576, Singapore 9165. Tel: (65) 7790337
© S. Dhammika ISBN 981-00-4525-5**

